Mms. Buery-Eón y Durieux

El Papá del Regimiento

COMEDIA EN TRES ACTOS

ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

FELIPE PÉREZ CAPO

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1913

El Papá del Regimiento

El papá del Regimiento

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

MM. MOUÉRY - EÓN Y DURIEUX

ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA POR

Felipe Pérez Capo

Estrenada con grandísimo éxito
en el Gran Teatro Español, de Barcelona y en el Teatro de
la Princesa, de Valencia



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1913

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES	
	Barcelona	*Valencia*
PAQUITA REINA. . . .	Sra. Revert	Sra. Revert
SEÑORA DE PADILLA .	» Prunell	» Martínez
LUCIANA.	» Ferrer	Srta. Latorre
SRA. DE CARVAJALES .	» Rodríguez	Sra. Quevedo
DIONISIA.	» Figueroa	» Figueroa
CORONEL CASTAÑON .	Sr. Parreño (F.)	Sr. Portes (E.)
CARVAJALES	» Portes (J.)	» Portes (J.)
BERMÚDEZ.	» Rambal	» Martí-Ibáñez
TORREBLANCA	» Delhom	» Belda
CARRASCO	» Parreño (J.)	» Rambal
PADILLA.	» Cinca	» Crespi
TIO MARCIAL.	» Buxens	» Montesinos
CAPITÁN-AYUDANTE. .	» Bañeras	» Latorre
ENRIQUE	» Martí	» Aragonés

Epoca actual.

La acción se desarrolla: El acto 1.° en Valencia, en casa de Torreblanca. El 2.° y 3.° en una finca, en las afueras de Valencia.



ACTO PRIMERO

Gabinete amueblado de modo disparatado, pero con alguna elegancia. Puertas al foro y laterales. A la derecha de la puerta del foro una panoplia. A la izquierda de la misma puerta un cuadro de asunto militar. Debajo de este cuadro, una pizarra colgada de la pared y en la que se ha escrito con tiza: DESPERTARME A LAS OCHO SIN FALTA. En la izquierda, segundo término, «bureau.» A la derecha, segundo término, chimenea. Una mesita-centro, sillas, etc. En la habitación reina cierto desorden. Una maleta en el suelo cerca de la chimenea. En el respaldo de una silla está colocado un uniforme. Una gran caja de cartón sobre la mesita.

Al levantarse el telón, CARRASCO, que tiene un par de botas en la mano izquierda, llama con los nudillos de la otra en la puerta de la izquierda.

ESCENA PRIMERA

CARRASCO, TORREBLANCA, dentro

CAR. (Llamando suavemente.) Mi teniente. (Pausa. Vuelve a llamar más fuerte.) ¡Mi teniente! (Nueva pausa y llama de nuevo con más fuerza.) ¡¡Mi teniente!!...

TORRE. (Dentro, furioso.) ¡Déjame en paz, animal!

CAR. (Indiferente.) ¡Bueno! ¡Bien! (Se dirige a la pizarra y lee:) «Despertarme a las ocho sin falta.» Acaban de dar las nueve, y ya lo he vis-

to... «¡Déjame en paz, animal!» ¡Maldito servicio! En fin, paciencia. Esto acabará y pronto, porque estoy apelando a un recurso... (Timbre dentro.) ¿Quién será?... Un recurso, gracias al cual me mandarán a mi casa... Y entonces... ¡Oh, mi Josefina! ¡Oh, pueblo encantador que yo idolatro! (Aprieta las botas sobre su corazón.)

ESCENA II

CARRASCO y CARVAJALES

CARV. (Sale foro. Trae un cartapacio bajo el brazo.) ¿Estás sordo?

CAR. ¡El señor notario!

CARV. Gracias a que la llave estaba colocada en la cerradura. ¿Qué? ¿Salió ya el teniente Torreblanca?

CAR. (Fingiendo no oirle.) ¡Ni palabra!

CARV. Te pregunto si el teniente Torreblanca...

CAR. Ruego al señor notario que tenga la bondad de pasar a este lado. (Indica la derecha.) Es que estoy atacado de *sordez* de la oreja derecha.

CARV. Entonces debes oirme, porque estoy a tu izquierda.

CAR. ¿Eh? ¡Ah, sí. Perdone usté. A veces no puedo precisar de qué oreja es.

CARV. Mira, déjate de bromas.

CAR. Nada de broma. Me quedé así, un día que recibí una carta de mi Josefina, diciéndome que se casaría con otro si yo me gastaba los cuartos en el Tío vivo. Aquella emoción me desbarató el tímpano.

CARV. Sí... pero sin saber exactamente cual.

CAR. A veces no puedo precisar la oreja.

CARV. Bueno... El teniente ¿está aún aquí?

CAR. Claro que está. Tres veces he intentado despertarle.

CARV. Pero ¿todavía acostado?

CAR. La primera vez no me contestó. La segunda vez no me contestó. La tercera vez me contestó: «¡Déjame en paz, animal!»

CARV. ¡Todavía acostado! ¡Y son más de las nueve! Y se casa a las once en la quinta de Padilla, a dos kilómetros de aquí. ¡Va a tardar un siglo en estar listo!

CAR. Es de temer.

CARV. Hay que ayudarle... Sacarle de su cama.

CAR. Servidor de ninguna manera. Debe estar como un leño. El teniente se ha pasado la noche en vela charlando con una amiguita.

CARV. ¿Una?... Pero ¿con una amiguita?

CAR. ¡Y de las de órdago! Yo quiero la mar a mi Josefina; pero si la señorita Paquita Reina me dijese: «Carrasco, yo te adoro», ¡vamos, que me quedaba atortolao!

CARV. (Indignado.) ¡Paquita Reina! ¿La actriz que desde hace unos días trabaja en Valencia?

CAR. Justo. Según parece, es una antigua amiga de mi teniente... del tiempo en que su regimiento estaba en Madrid.

CARV. ¡Bonito espectáculo!

CAR. ¡Pero que una barbaridad de bonito! Mi teniente debió enterrar aquí anoche su vida de soltero, y para mí que se aprovechó de lo lindo.

CARV. ¡Imposible!

CAR. ¿Que no?... ¡Pues si hubiera usté visto el zafarrancho que había aquí esta mañana!...

CARV. Pero, ella ¿está aquí?

CAR. ¡Natural!

CARV. ¡Qué atrocidad! En una población como Valencia todo se sabe. ¡Esto va a producir un gran escándalo! Y si, al fin, llega a oídos de la familia, se deshará el casamiento.

CAR. (Indiferente.) Y ¿qué quiere usté?

CARV. (Enérgico.) ¡Yo quiero que se celebre! ¡Eso es lo que quiero! Y tengo mis motivos para ello... ¿Lo oyes bien?

CAR. Por la oreja izquierda, sí. Por la derecha, ni palabra.

CARV. Y se hará este casamiento, ¡ya lo creo que se hará! Es muy divertido este joven Torreblanca; pero yo sé lo que me cuesta. Jamás tiene un céntimo... Y gracias a que su tío, el marqués de Torreblanca, ha prometido dotarle para evitar la vida accidentada que lleva. Debió llegar ayer para firmar la escritura; pero escribió que estaba indispuesto y que llegaría hoy por la mañana. (Carrasco ha tomado un aire seráfico y sonriente, haciendo como que no le oye bien.) ¿Tú lo has visto? (Insistiendo.) ¡Al tío de tu teniente! ¡Al tío Marcial! (¡Uf, qué bruto!) (Timbre dentro.)

CAR. Han llamado por la izquierda. Voy a abrir.

CARV. Espero. (Carrasco sale sin hacerle caso.) Puede que sea el tío Marcial. ¡Y esta mujer aquí!

ESCENA III

Dichos y BERMÚDEZ

BER. (Sale por el foro seguido de Carrasco, que lo contempla con admiración cómica. Tipo elegante; gabán entallado, guantes claros, andares desenvueltos.) Me recibirá seguramente. ¿No te hè dicho que me espera?

CARV. (¡Es él! ¡Es el tío!)

CAR. (Es el señor Bermúdez, el comediante...)

CARV. (Tiene aire señorial.) (A Bermúdez.) Permítame usted que me presente. Leovigildo Carvajales, notario.

BER. Encantado, señor.

CARV. (Finísimo.) ¡Señor Marqués!... Porque es al ilustre general marqués de Torreblanca a qüién en este momento tengo el honor...

BER. (Satisfecho.) ¡El marqués de Torreblanca!

CARV. El tío de mi cliente.

BER. Comprendido. Usted me toma por el Marqués. Esto no me sorprende. Las personas que sólo me han visto en el teatro no me reconocen en la calle.. (Señalando a Carrasco que ríe como un salvaje.) Este me ha visto en la calle y me ha visto en el teatro.

CAR. Sí, señor. Anoche.

BER. Y te hice reir, ¿eh?

CAR. ¡Ya... ya lo creo?

BER. Pues vuelve mañana y te haré llorar.

CAR. ¿Eh?

BER. Hago el Coronel Bernard en «Un drama bajo el Imperio». Yo antes hacía Napoleón; pero al ver mi gran éxito, el director me quitó el papel... para él. ¡Pero es igual! Hay que verme en el Coronel. A todo el que me ve, hago que se le salten las lágrimas. Porque Bermúdez tiene la ventaja de que domina igualmente las dos cuerdas: la risa y el llanto.

CARV. (¡Es modesto Bermúdez!)

BER. (A Carvajales.) Vaya usted también, y llorará.

CARV. Gracias. No salgo de noche.

BER. Bueno; y diga usted: ¿Cómo al verme tan de repente, me ha tomado por el tío de nuestro amigo?

CARV. Perdone usted...

BER. No, si no hay ofensa.

CARV. ¡Pues si supiera usted cuánto siento haberme engañado!

BER. ¿Por qué?

CARV. Porque si no viene el tío de nuestro amigo, si no firma la escritura de la donación que ha prometido, el casamiento no se verificará.

BER. ¡Ah, caramba!

CARV. El señor Padilla me lo ha declarado formalmente.

BER. ¿Padilla?

CART. El suegro... futuro. (Mira el reloj.) ¡Las diez menos cuarto! El tren de Castellón llega a diez. Supongo que el marqués habrá to-

mado ese tren. ¡Ojalá vaya directamente a la finca de Padilla! (Irónico.) Sería peligroso que viniese aquí.

BER. (Mira a su alrededor.) ¿Peligroso... dice usted? (Timbre dentro.)

CARV. (Inquieto.) ¡Cielos, si fuera él!... (Carrasco va a abrir.)

BER. No tema usted. Ya me hago cargo de la situación. Y cuando yo me hago cargo de una situación... ¡todo está salvado!

ESCENA IV

Dichos y ENRIQUE,

ENR. (Sale con Carrasco por el foro.) Poca prisa tiene tu teniente.

BER. Es Enrique, el peluquero.

ENR. Señor Carvajales... Su señora está asomada al balcón con el sombrero puesto... Parecía impaciente.

CARV. ¡Es claro! Estará deseando llegar a la quinta. Pues yo no puedo ir todavía. ¡Ah, qué idea! Voy a decirle que se adelante. Yo no tengo más remedio que esperar al tío. Amigo Bermúdez, si entretanto llegara el tío...

BER. ¡Descuide usted!

CARV. ¡Hay que evitar que el tío!... ¡Hay que procurar que el tío!... ¡Es indispensable que el tío!... Vuelvo en seguida. (Vase por el foro.)

ESCENA V

BERMÚDEZ, CARRASCO y ENRIQUE. Al final TORREBLANCA.

BER. ¡Está interesantísimo este notario! Oye, Enrique: ¿supongo que te habrás acordado de mis postizos?

ENR. Sí, señor Bermúdez. Ya los tengo en el teatro.

BER. ¿Y del botón?

ENR. Aquí está. Acabo de comprarlo. (Le da un botón del Mérito militar.)

BER. A ver. Un coronel, sin botón en la solapa, no sería un coronel. (Se lo pone.)

ENR. Tú, Carrasco. Que tengo dos servicios que hacer... Que no puedo esperar.

CAR. Haga usté lo que quiera.

ENR. Volveré luego.

BER. Esta condecoración es lo único que me faltaba. ¡Estoy imponente! (A Enrique.) Mira yo ya me quedo con esto.

ENR. Como usté guste. (A Carrasco.) Que no se te olvide. (Vase por el foro.)

CAR. (Aparte. Mirando a Bermúdez.) ¡Vamos, yo viendo a este hombre, es que no me puedo tener de risa!

BER. (Dirigiéndose a la puerta de la izquierda.) Le voy a gastar una bromita de salón. ¡Brrrúm! ¡Brrrúm! ¡Rayos y truenos! (A Carrasco.) Fíjate. Completamente militar. (Dando golpes en la puerta y gritando.) ¡Sobrino! ¿Qué significa esto? ¡Sobrino! ¡Brrrrúm! ¡Brrrrúm! ¡Rayos y truenos!

TORRE. (Dentro.) ¡Ya va! ¡Ya va!

BER. ¿Así es cómo acude usté a la estación para recibirme? ¡Rayos y truenos! ¡Centellas y exhalaciones! (Carrasco muerto de risa.)

ESCENA VI

Dichos, TORREBLANCA y luego PAQUITA REINA

TORRE. (Sale por la izquierda, a medio vestir.) Perdóneme usté, tío.

BER. (Vuelto de espaldas,) ¡No, señor!

TORRE. He estado de guardia toda la noche.

BER. ¡Usté se burla de mí! ¡Bonita conducta!

¡Brrrúm! ¡Brrrrúm! ¡Rayos y truenos! (Volviéndose hacia Torreblanca y ya con su voz natural.) ¿Eh? ¡Completamente militar!

TORRE. ¡Bermúdez!

PAQUI. (Asomándose en cubre-corsé a la puerta de la derecha.) ¡Hola! ¿Ya estás aquí? Buenos días, carcamal.

BER. Acaba de arreglarte, a las once hay ensayo. Tengo que pasarte la escena con Napoleón.

TORRE. ¿Cómo? Pero, ¿qué hora es?

BER. Las diez.

TORRE. (Sobresaltado.) ¡Caracoles?

PAQUI. ¿Las diez? ¡En seguida soy contigo! (Desaparece dejando la puerta entornada.)

TORRE. Pero, ¿las diez?... ¡Carrasco! ¿No te mandé que me despertaras?

CAR. ¿Qué? (Simulando que no oye bien y adelantando la oreja derecha.)

TORRE. No te hagas el tonto ni el sordo. Tú eres tan sordo como yo.

CAR. Tonto, no, mi teniente. Pero sordo, sí, señor; de la oreja derecha.

TORRE. Ya te arreglaré yo a ti. A ver, ¿dónde están mis camisas?

CAR. En esa caja. Y aquí tié usté el uniforme.

TORRE. (Fijándose en la maleta.) Oye, y ¿no dije que llevases esta maleta a mi nuevo domicilio?

CAR. Sí, mi teniente; pero es que...

TORRE. ¡Largo! Ahora mismo te la llevas.

CAR. (Aparte, haciendo mutis con la maleta.) Me parece que el recurso no ha convencido. Pero yo soy muy bruto. ¡Yo insisto! (Vase foro.)

ESCENA VII

BERMÚDEZ, TORREBLANCA y luego PAQUITA

TORRE. ¡Vamos, que haberme retrasado tanto!
BER. No se entierra todos los días la vida de soltero.
TORRE. ¡Y qué entierro!
BER. Me lo figuro. ¡De primera clase!
TORRE. Bermúdez, el remordimiento me agobia.
BER. ¡Bah!
TORRE. Haber consentido que la víspera de mi casamiento este diablo de Paquita...
PAQUI. (Asomándose a la puerta de la derecha.) ¿Qué tienes tú que decir de Paquita?
TORRE. Nada. Concluye de arreglarte.
PAQUI. ¡Ingrato! (Desaparece.)
TORRE. Tengo remordimientos e inquietudes.
BER. ¿Inquietudes?
TORRE. Cuando usted se separó de nosotros eran las dos de la madrugada...
BER. Sí; el champagne, el frío de la noche... Yo preferí irme a dormir.
TORRE. Los demás: Fernández, Verdejo, Lucía López, toda la pandilla, con Paquita a la cabeza, quisieron acompañarme hasta mi casa. Como es lógico, la conducta fué un poco escandalosa. Se cantó, se bailó, se dieron gritos, se imitó el canto del gallo...
BER. ¡Alegría, alegría sana!
TORRE. Paquita se colocó mi gorra sobre sus bucles. Yo ¡claro! me coloqué su sombrero de plumas.
BER. ¡Vamos, la locura!
TORRE. De pronto al volver una esquina me encuentro de manos a boca con el general de mi división.
BER. ¡Demonio!
TORRE. El general se dirige a mí como una fiera.

—«¿Qué significa esto? ¿Qué mascarada es esta? ¿Quién es usted?»—«Soy el teniente Torreblanca.»—«¡Está bien! Puede usted continuar.» Yo continúo, y al mismo tiempo que continuaba, todavía aturdido, se me escapó una palabra...

BER. ¿Mal sonante?

TORRE. Creo que fué beduíno.—El general se vuelve y me apostrofa de nuevo—«¿Eh? ¿Qué refunfuña usted? Mañana tendrá usted el premio merecido.»—¿Comprende usted mi inquietud? El corazón me dice que algo grave se me prepara. En fin, que venga lo que quiera. Yo, entre tanto, voy a concluir de arreglarme. Pero oye, Paquita, ¿es que no acabas?

ESCENA VIII

Dichos y PAQUITA

PAQUI. (Sale por la derecha. Trae su abrigo y su sombrero en la mano. El cuerpo de su vestido aún está desabrochado.) En seguidita... si tienes la bondad de abrocharme esos automáticos. (Torreblanca la abrocha.) ¡Qué prisa tienes para dejarme!

TORRE. Pero, mujer...

PAQUI. ¡Dejarme para siempre!

TORRE. ¿Qué quieres? ¡Esta es la vida!

PAQUI. (Melancólica.) Sí... Mira: yo tengo un antojo.

BER. ¡Ah, diablo!

PAQUI. ¡Majadero! (A Torreblanca.) Sólo que tú no querrás...

TORRE. Según lo que sea.

PAQUI. Yo quiero asistir a tu boda.

TORRE. ¡Qué disparate!

PAQUI. ¿Por qué? No me verá nadie. Me confundiré con la multitud.

TORRE. Pero si no habrá tal multitud. Todo ello pasará entre íntimos y en la capilla del pueblo. Forzosamente habrás de llamar la atención.

PAQUI. Pues iré con Bermúdez. Pasaremos por forasteros que van de excursión.

BER. Llevaremos un guía.

TORRE. ¡Nada, nada! Todo eso es tonto.

PAQUI. Aparte de que, si quisieras, tú podrías invitarnos.

TORRE. ¿Yo? Pero ¿cómo?...

PAQUI. ¡Qué ingrato eres! Puedes invitarnos en calidad de artistas. Nosotros cantaríamos en la misa...

BER. Un dúo cómico.

TORRE. Insisto en que no digas tonterías.

PAQUI. Tengo empeño en verte... con el yugo sobre los hombros.

TORRE. No sé para qué.

PAQUI. Para reirme mucho, acordándome de esta noche pasada.

TORRE. No sé qué tiene que ver una cosa con otra.

PAQUI. Oye: y ¿es linda tu mujercita?

TORRE. Encantadora.

PAQUI. Y ¿tú la quieres?

TORRE. Sí, señora; la quiero.

PAQUI. ¡Canalla!... Pero tanto mejor... Después de todo, así la harás feliz.

TORRE. Haré lo posible.

PAQUI. No tienes costumbre.

TORRE. (Suplicante.) ¡Paquita!

PAQUI. Ya, ya me voy. (Le abraza.) Adiós, cariño mío... Dime: ¿pensarás un poco en mí?... No digo hoy... Alguna vez, más adelante.

TORRE. ¿Por qué no?

PAQUI. ¡Mi tesoro! (Le abraza con más fuerza.)

TORRE. Vamos, suéltame.

PAQUI. ¡El último!

TORRE. Ya acabó todo.

PAQUI. ¡Ya me las pagarás!

CAP. (Desde dentro.) ¿Se puede?

TORRE. Adelante.

ESCENA IX

Dichos y el CAPITAN AYUDANTE

CAP. (Sale por el foro.) No extrañe a usted lo intempestivo de mi visita.
TORRE. (Aparte inquieto.) ¡El ayudante del general!
CAP. ¡Ah! no estaba usted sólo.
TORRE. Amigos...
PAQUI. Parientes que vienen a su boda.
CAP. (Aparte admirando la soltura de Paquita.) ¡Diablo! (A Torreblanca.) En efecto, usted iba a casarse.
TORRE. Voy. Dentro de un rato, mi capitán.
CAP. No, mi pobre amigo. Se ha presentado un obstáculo insuperable.
TORRE. ¿Cómo?
CAP. El general lo ha arrestado a usted en su casa durante ocho días. Yo acabo de poner un centinela en la puerta.
TORRE. ¿Un centinela? ¿Luego es un arresto en toda regla?
CAP. Con prohibición absoluta de salir del domicilio.
TORRE. Pero eso es imposible... Pero ¿y mi boda?
CAP. ¿Qué quiere usted?... Podía usted habérsele hecho presente al general.
TORRE. Yo no sospechaba... Semejante castigo... por una bagatela.
CAP. No tanto como eso. Según parece, usted replicó. En fin, veremos si yo puedo sacarlo de aquí.
PAQUI. ¡Oh, sí! Procúrelo usted, señor capitán.
BER. No debe ponerse trabas a un hombre que está decidido a casarse.
CAP. Por la parte del general nada puede intentarse. Está pasando el día en el campo. Veremos si el nuevo coronel...
TORRE. ¿Cómo? ¿Ya ha llegado?

CAP. Anoche. Dicen que es un hombre excelente, muy paternal...

PAQUI. ¡Ah! Pues entonces...

CAP. Tal vez... si no se tratara de una orden del general. Difícilillo es. Pero, nada, iré a verle, a explicarle...

PAQUI. Y usted, señor capitán, insistirá mucho, ¿verdad que sí?

CAP. Haré cuanto pueda.

PAQUI. Será un favor por el que yo le quedaré a usted personalmente reconocida. ¿Me entiende usted, capitán?

CAP. Esté usted tranquila. Lo haré. (¡Es sugestiva esta mujer!) (A Torreblanca.) Y entre tanto, ya sabe usted la consigna.

TORRE. Sí, mi capitán.

CAP. No salir de aquí, bajo ningún pretexto. De todos modos, no tardará en saber el resultado de mis gestiones.

PAQUI. Yo confío en usted, señor capitán.

BER. (Bajo a Torreblanca.) Esta es la que lo arregla.

PAQUI. (Al Capitán, echándole unas miradas demasiado expresivas.) Y ya sabe usted lo que le he dicho: «Le quedaré a usted personalmente reconocida.»

CAP. ¡Señora, por Dios!...

PAQUI. Sí, sí... Ya lo verá usted.

CAP. Señores... (¡Jesucristo! ¡Tiene un par de arcos voltaicos!) (Vase foro.)

ESCENA X

TORREBLANCA, BERMÚDEZ y PAQUITA. Después CARRASCO

TORRE. ¡Pues señor, estoy divertido!

PAQUI. No te sofoques, hombre. Yo confío en el capitán.

TORRE. Sí; pero mientras tanto el tiempo pasa...

PAQUI. ¿Quieres que vaya yo a ver a tu coronel?

TORRE. ¡Cómo que te figuras que ibas a ablandarlo!

PAQUI. Los he ablandado más duros.

TORRE. Lo mejor sería advertir a la familia que un suceso inesperado...

BER. Tiene usted razón. Yo voy... (Medio mutis,)

TORRE. ¡Espere usted! Pero, qué va usted a decir?

BER. Pues eso... que un suceso inesperado...

TORRE. ¿Cuál?

BER. Es verdad. Es preciso inventar uno. Yo lo encontraré. ¡Yo encuentro siempre! (Carrasco sale del foro con una carta que entrega a Torreblanca.)

CAR. Carta, mi teniente.

TORRE. A ver. ¡De Castellón!

CAR. (Nos han puesto un centinela. Yo tengo que enterarme)... (Vase foro.)

TORRE. ¡Demonio! ¡Otro conflicto! Que no viene mi tío Marcial. (Lee.) «Imposible ponerse en camino... Catarro recrudecido... Tos espantosa... Dionisia.»

PAQUI. ¿Dionisia?

TORRE. Es su ama de gobierno. ¡Dios mío, cómo se va a poner mi suegro!

BER. ¿Por lo de la donación?

TORRE. ¿Usted sabe?...

BER. Su notario, que estaba aquí antes, me ha puesto al corriente de todo.

CAR. (Desde la puerta del foro.) Mi teniente... Ahí está el señor Padilla.

TORRE. ¡Mi suegro!

CAR. Le he visto bajar del coche. Salgo a su encuentro. (Vase foro.)

TORRE. (Medio loco.) Y ¿qué le digo yo?

PAQUI. Serénate, hombre. Todo se arreglará.

TORRE. ¡Yo me quito de su vista!

BER. Pero yo creo...

TORRE. Voy a vestirme. Díganle ustedes que me estoy vistiendo. (Vase rápidamente por la izquierda.)

BER. ¿Tú quieres ir a la boda?... Tú irás. Nosotros iremos.

CAR. (Anunciando.) El señor Padilla. (Sale PADILLA por el foro y Carrasco se retira.)

ESCENA XI

PAQUITA, BERMUDEZ y PADILLA

BER. (En estos casos, autoridad, sencillez y naturalidad.) (A Padilla, con un tono exageradamente enfático.) Pase usted, señor mío. Tenga la bondad de pasar.

PAD. ¿A quién tengo el honor? ..

BER. (A Paquita.) Vamos, ¿le parece a usted?... (Remedando a Padilla.) ¿A quién tengo el honor?... ¿A quién?... (Tose fuertemente.) Perdone usted. Catarro recrudecido... Tos espantosa...

PAD. ¡Caramba! Pero si yo estoy tonto. ¡Usted es el tío de mi yerno! ¡Usted es el tío Marcial!

BER. El tío Marcial... justamente. (No hay quien me gane en estos casos.) (Presentando a Paquita.) Mi ama de gobierno.

PAD. ¿La señorita Dionisia?

BER. Dionisia... justamente.

PAD. (A Paquita.) No creí que era usted tan joven.

PAQUI. A veces no se tiene la edad que se representa.

PAD. En efecto.

BER. Y usted, ¿me esperaba ya con impaciencia?

PAD. ¡Oh, no... no!...

BER. Era muy justo. Se trata de una donación convenientísima.

PAD. Pues sí, francamente; lo confieso. A mí me gustan las situaciones claras. Y ya que usted parece estar bien dispuesto...

BER. Muy bien dispuesto... justamente.

PAD. Podíamos ir a casa del notario en tanto mi yerno acaba de aviarse.

PAQUI. (Rápida.) ¡Si ya va a estar!

BER. ¡Si ya lo está!

PAD. No importa. Ya nos reuniremos con él en la quinta. Si usted tiene la bondad de acompañarme, general... Y usted también, señorita.

PAQUI. Mi presencia no es necesaria.

PAD. Pero será agradable.

PAQUI. Muchas gracias.

PAD. (Acercándose a la puerta de la izquierda.) Querido yerno: ya nos veremos en la quinta. Ahora voy con su tío a casa del notario.

BER. (Bajo a Paquita.) Me parece que ha sido una torpeza hablar de la donación.

PAQUI. (Bajo a Bermudez.) El teniente no va a salir de su asombro. (A Padilla.) Señor Padilla.

PAD. Ya voy, señorita, ya voy. (Aparte.) El ama de gobierno es bastante joven. (Vánse los tres por el foro.)

ESCENA XII

TORREBLANCA. Después CARRASCO y CARVAJALES

TORRE. (Asoma la cabeza y se convence de que no hay nadie. Sale por la izquierda acabado de vestir. Traje elegante de levita.) Pero... pero ¿qué es lo que ha dicho mi suegro? A casa del notario... con mi tío... Pero ¿será que ese imbécil de Bermúdez se lo habrá hecho creer?... ¡Esto pasa ya de la raya! ¡Ha sido Paquita! ¡Ha sido Paquita la que ha tenido esa endiablada idea!

CAR. (Anunciando.) El señor notario. (Vase.)

CARV. (Sale foro.) ¡Por fin ha llegado! ¿Eh? Acabo de verlo subir en un coche, ahí, a la puer-

ta, con el señor Padilla. Ellos no me han visto.

TORRE. Pero ¿quiénes?

CARV. Padilla, su tío de usted y una señora que les acompañaba, joven al parecer.

TORRE. Ese no es mi tío. ¡Es Bermúdez!

CARV. ¿Cómo Bermúdez?

TORRE. Sí... Se hace pasar por mi tío. Y la señora joven, es Paquita.

CARV. ¿La cómica? ¿La antigua amiga de usted? ¡Jesús! ¡Jesús!

TORRE. Tiene usted razón. Esto no se puede tolerar. Voy a mandar a Carrasco para que diga...

CARV. ¡No haga usted nada! El remedio sería peor que la enfermedad. Esto ocasionaría un escándalo terrible y la boda quedaría deshecha.

TORRE. ¡Más deshecha de lo que está!...

CARV. Pero ¿por qué?

TORRE. Por la osadía de esos comicuchos que todo lo echan de broma.

CARV. Eso es una humorada sin consecuencias.

TORRE. Y además... es que hay otra cosa, desgraciadamente. Anoche volví un poco alegre... de cenar con unos amigos... La fatalidad quiso que tropezara con mi general, quien juzgando incorrecta mi actitud, me ha señalado ocho días de arresto.

CARV. ¿Ocho días de arresto?

TORRE. ¡Con todo rigor! Se están haciendo gestiones cerca del coronel para alcanzar un aplazamiento. Pero, mientras tanto, estoy enjaulado.

CARV. ¡Esto no puede ser! ¡No puede ser! ¡Y no puede ser!

TORRE. No hay más remedio.

CARV. ¡No, no, no y no! Yo respeto a la autoridad militar, pero a condición de que no usurpe el fuero civil. La boda está resuelta, un juez espera, usted no tiene derecho a faltar a la justicia.

TORRE. Sí; pero ¿qué quiere usted?

CARV. Quiero que ese matrimonio se celebre ¡y se celebrará! Por usted, por usted, mi querido amigo. ¿Cuando volvería a presentársele ocasión parecida? Una muchacha deliciosa.

TORRE. Es verdad.

CARV. Padres no tan deliciosos... pero muy tratables... Dote magnífico... ¡Un porvenir soberbio!

TORRE. (Irónico.) ¡Buenos honorarios!

CARV. (Picado.) ¡Justamente! Y, además, eso que parece que relega usted al olvido. Sencillamente, esas veinte mil pesetas que me debe usted.

TORRE. Y que le aseguro que no olvido.

CARV. Recuerde que se comprometió a devolvérmelas el día de su boda. Para un caballero no hay más que su palabra. Y la del teniente Torreblanca...

TORRE. ¡Hombre, por Dios! Es que yo no puedo exponerme a un Consejo de guerra y a la pérdida de mis galones.

CARV. Usted puede cumplir sus compromisos sin ninguna consecuencia.

TORRE. Pero ¿y el centinela que está a mi puerta? ¿Usted cree que me va a dejar pasar?

CARV. No, si saliera usted de uniforme.

TORRE. De todos modos, puedo despertar sus sospechas.

CARV. Yo le aseguro a usted que no. (Se quita su gabán y se lo pone a Torreblanca, y va haciendo lo que marca el diálogo.) Se coloca usted mi gabán, se sube el cuello, se echa usted mi sombrero de copa sobre los ojos, se coloca usted mi cartapacio bajo el brazo y procura andar de prisa. El centinela que me ha visto entrar me verá salir, salta usted a mi coche y se casa usted en un abrir y cerrar de ojos. Celebrada la boda, usted confiesa todo a su suegro, hay una congestión, estalla, usted hereda, y ya se puede

reir de todos sus arrestos. ¡Todo esto no exige más que un par de horas!

TORRE. Bueno; pero ¿durante ese tiempo?

CARV. ¿Quién yo? ¡Yo espero aquí! (Estornuda.) Ea, ya me resfrié. Con su permiso. (Se pone la gorra de Torreblanca. Este Carvajales es bastante calvo.) No pierda usted el tiempo.

TORRE. No. (Medio mutis.) ¡Ah! Pero ¿y mi asistente? (Llama.) ¡Carrasco! ¿Dónde está ese animal?

CAR. (Sale foro.) ¿Llama usted, mi teniente? (Dirigiéndose hacia Carvajales.) ¿dónde está mi teniente? (Fijandose en Torreblanca y estupefacto.) ¡Atiza!

TORRE. El señor Carvajales te dará algunas explicaciones. Obedécele como si fuese yo mismo. ¿Has oído?

CAR. Mal. Todo lo oigo así.

TORRE. Y ahora yo parto.

CARV. Si... Y que fustigue bien el cochero. (Vase Torreblanca foro.)

ESCENA XIII

CARVAJALES y CARRASCO

CARV. Dos palabras bastan.

CAR. Permítame usted que pase a su derecha.

CARV. Lo que quieras.

CAR. ¿De modo que usted es mi teniente?

CARV. Hasta nueva orden.

CAR. Bueno; pues en confianza... Usted no tiene facha de eso.

CARV. (Indignado.) ¿Cómo que no? ¡Digo, claro que no! Pero tú no eres quién para faltar a un superior tuyo.

CAR. ¡Si usted no es na mío!

CARV. Tienes razón. A lo que importa. ¿Puedo contar contigo?

CAR. Sí, mi teniente.

CARV. El señor Torreblanca ha sido castigado...

CAR. (En el colmo de la alegría.) Sí; ya he hablado con el centinela. ¡En chirona! ¡Mi teniente tiene que estar en chirona!

CARV. ¡Animal! ¿De qué te alegras?

CAR. (Poniéndose rápidamente triste.) ¡Mi teniente tiene que estar en chirona!

CARV. Se le han señalado ocho días de arresto.

CAR. Consecuencias de la *tajada* de anoche.

CARV. ¿Eh?

CAR. (Gritando.) ¡De la *tajada*!

CARV. Estando arrestado, el teniente no ha debido salir. (Carrasco niega con la cabeza.) Pero había que celebrar la boda... (Carrasco afirma.) Y ya sabes todo lo demás.

CAR. Sí... Mi teniente es un *guaja*.

CARV. ¿Qué?

CAR. (Gritando.) Que mi teniente es un *guaja!* Pero, ¿es usted sordo? (Timbre dentro.) Han llamado. ¿Salgo?

CARV. Sí, hombre. (Vase Carrasco por el foro.) Seguramente es la respuesta del coronel. Ahora ya no nos hace falta.

ESCENA XIV

CARVAJALES, CARRASCO y CORONEL

CAR. (Sale asustado.) ¡Es el coronel!

CARV. ¿Cómo el coronel?

COR. (Dentro.) ¡Este asistente está loco!

CAR. ¡Ya verá usté! ¡Ese es el que nos encierra a todos!

COR. (Saliendo por el foro. A Carrasco.) Pero hombre, podías haberme enseñado el camino. ¿El teniente Torreblanca?

CAR. ¿El tenien...? (Rápidamente y señalando a Carvajales.) ¡Ahí lo tiene usía, mi coronel!

CARV. (Aturdido.) ¿Yo?

CAR. (Bajo a Carvajales, indicándole que debe cuadrarse.) ¡Cuádrese usté!

COR. (Sorprendido a Carvajales.) Pero, ¿es usted el teniente Torreblanca?

CARV. (Aparte apuradísimo.) ¡Dios mío! (Mientras el Coronel habla, Carrasco se esfuerza con su mímica en hacer comprender a Carvajales que debe cuadrarse. Carvajales obedece exagerando.)

COR. No extrañe mi sorpresa. Se me había dicho: «El teniente Torreblanca es un oficial elegante, arrogante...» ¡Ha sido una bromita que me han gastado! Y eso no me gusta. Yo soy bueno... demasiado bueno. En el 14 de Dragones, de donde ahora vengo, me llamaban «El Papá del Regimiento.» Eso le demostrará a usted lo que soy. Pero no me gusta que se burlen de mí. Quedamos en que usted no es el oficial que se me había dicho.

CARV. Sí... claro que no...

COR. Acabo de ver al ayudante del general. Me ha contado sus atrocidades. (Carvajales se estremece.) ¡Calma, calma! No quiero que esté usted violento. No es el superior quien viene a visitarle. Es el amigo. Siéntese usted. Pero ahora le confesaré, entre nosotros... (A Carrasco que se ha acercado poco a poco y que escucha.) Tú, ¿qué diablos haces aquí?

CAR. (Acercándo el oído.) ¿Eh?

COR. ¡Largo! ¡Al recibimiento! ¡A la cocina!

CAR. Pero si yo no oigo...

CARV. ¡A la cocina!

COR. ¡Al galope! (Carrasco vase corriendo por el foro.) Le decía que anoche usted obró un poco de ligero...

CARV. Mi coronel, yo declaro...

COR. Y reflexionándolo, es enorme lo que usted hizo anoche.

CARV. Enorme. Usted ha dado con la palabra. ¡Enorme! (¿Qué será lo que yo hice anoche?)

COR. Fíjese usted... ¡Nada menos que cara a cara con un general!

CARV. (¿Un general? Pero si él no lo es... Si él no es más que coronel. ¡Vamos, yo no lo entiendo!)

COR. La cosa es bastante grave. ¡Soltar delante de un superior semejante impertinencia!

CARV. (¡Dios mío! Pero, ¿he soltado yo alguna impertinencia?)

COR. Convenga usted conmigo en que la palabra es de mal gusto.

CARV. La palabra... ¿Qué palabra? (¡Ay, yo me vuelvo loco!)

COR. ¡Beduíno!

CARV. (Aparte en el colmo del asombro.) ¡Toma; pero si ahora me insulta! ¡Vamos, yo esto no lo comprendo!

COR. Me explico, sin embargo, lo sucedido; y hasta encuentro circunstancias atenuantes. Usted había cenado alegremente, ¿no es eso?

CARV. Sí... con varios amigos.

COR. Y con varias amigas, ¿eh?

CARV. Sí...

COR. En eso no hay nada de malo. A mí también me han entusiasmado las mujeres. Todavía, todavía me entusiasman.

CARV. (Jovialmente.) ¡Muy bien; muy bien, mi coronel. (El Coronel le mira severamente y Carvajales se pone rápidamente serio.)

COR. Además, el capitán me ha dado muy buenos informes de usted. Oficial irreprochable, celoso, puntual, inteligente...

CARV. Nada... (Muy modesto.) Una insignificancia de inteligencia.

COR. Y, en vista de todo ello, voy a intentar sacarle de este mal paso. Si el general hubiera sabido que tenía usted que casarse hoy por la mañana, seguramente que retrasa la fecha del arresto.

CARV. ¡Es claro! No se puede impedir que las gentes se casen. ¡Eso sería abusivo!

COR. ¿Abusivo?

CARV. ¡Sí, señor! Y yo respeto la autoridad militar; pero a condición de que no usurpe...

COR. ¿Cómo, qué dice usted?

CARV. (Rectificándose.) No solamente la respeto; la practico. (Muy enérgico.) ¡La disciplina, la disciplina ante todo!

COR. ¡A buena hora!

CARV. Pero usted reconocerá, mi coronel, que hay casos...

COR. Sí; y usted ahora se encuentra en uno de esos casos. Desgraciadamente, yo no puedo levantar el castigo impuesto por el general.

CARV. Sí, claro... No hay más remedio que resignarse. (Con resignación cómica.)

COR. ¡Espere usted, qué diablo! Quizás he encontrado una coyuntura.

CARV. ¡Ah, mi coronel! Usted es bueno, usted es excelente...

COR. ¡Justo, justo! Yo no puedo levantar el arresto; pero tengo derecho a llevarle a a usted conmigo en comisión de servicio.

CARV. (Inquieto.) ¿En comisión?

COR. Es evidente que si yo hubiese llegado al regimiento hace algunos días, usted me habría invitado a su boda.

CARV. ¡Ya lo creo, mi coronel; ya lo creo!

COR. Entonces, ya está. Usted me invita, yo acepto y voy a su boda.

CARV. Sí.

COR. Y lo llevo a usted.

CARV. ¿Que... usted me lleva?

COR. Sí; en comisión de servicio. Una vez casado, naturalmente, yo lo volveré a encerrar aquí dentro... con su mujercita. ¡Eh, gran pillastre! ¿Qué dice usted de mi combinación?

CARV. ¡Genial, mi coronel; genial! (Aparte aterrado) ¡María Santísima!

COR. ¿Vive lejos su futura?

CARV. Una media legua, mi coronel.

COR. Eso no es nada. Abajo están los caballos, con mi ordenanza. Usted montará *Bocacha.*

CARV. ¿Cómo *Bocacha?*

COR. Un jaco tordo que es una exhalación.

CARV. (¡Jesucristo!) (Al Coronel.) ¿Montar yo a caballo? ¡Pero si yo no sé!...

COR. ¿Cómo?

CARV. (Rectificándose.) Si yo no sé... si me entenderé con un animal... que no conozco.

COR. ¡Ah, vamos! Este es un poco vicioso.

CARV. ¿Ve usted? ¡No nos vamos a entender!

COR. Pero si el ayudante del general me ha dicho que es usted el mejor jinete del regimiento.

CARV. ¡Oh, ha exagerado una barbaridad!

COR. ¡Vamos, nada de falsa modestia!

CARV. Verá usted... Hay días que sí... Pero hay días que no... ¡Hoy es de los que no!

COR. Nada, nada. Vístase usted. Debe usted casarse de uniforme. (Señalando al que está en la silla.) ¡Digo, y que es de lo más flamante!

CARV. ¡Estoy sudando tinta!

COR. Llame usted a su asistente para que le ayude.

CARV. ¿Mi asistente? ¡Ah, sí! ¡Asistente, asistente!

COR. ¡Pero llámelo usted por su nombre!

CARV. Es sordo.

COR. ¿Cómo, tiene usted un sordo por asistente? (Timbre dentro.)

CARV. (Helado de espanto.) ¡Han llamado, han llamado!

COR. Ya lo he oído. (Golpes en la puerta.) Adelante.

ESCENA XV

Dichos, CARRASCO y ENRIQUE

CAR. (Sale foro con Enrique.) Es el peluquero.

COR. Llega que ni de encargo. El señor teniente necesita de usted.

ENR. Ya lo sé. (Dirigiéndose a Carvajales.) ¡Ah! Señor Carvajales...

COR. ¿Cómo Carvajales? ¿Quién es Carvajales?

CARV. (Con indiferencia.) Es mi notario. (A Enrique, empujándolo hacia la habitación de la izquierda.) ¿Te ha dado algún encargo para mí, no es esto? Está bien, ahora me lo contarás mientras me visto. Entra. (Hace entrar a Enrique.) Tú lleva el uniforme. Mi coronel, no tardo ni dos minutos. (Vase Enrique por la izquierda seguido de Carrasco que lleva el uniforme que estaba sobre la silla.)

COR. Comprendo la impaciencia, mortal afortunado. ¿Está usted temblando?

CARV. La... la...

COR. La emoción.

CARV. ¡Justo! Yo cuando me emociono soy terrible! (Aparte mientras hace mutis.) ¡Me fusilan! No tiene duda ¡Me fusilan! (Vase izquierda.)

ESCENA XVI

CORONEL y luego CARRASCO

COR. ¡Pobre teniente! Si no llega a tropezar conmigo. ¡Sabe Dios como hubiera salido del compromiso en que se encontraba! ¡Cada vez estoy más satisfecho de mi carácter! Acabo de hacer una buena obra. Ya lo dice el refrán: «Más vale llegar a tiempo». Y

aquí no he podido llegar más oportunamente.

CAR. (Sale riendo. Aparte.) Se empeña en vestirse solo. ¡Va a estar bueno!

COR. ¿Eh, de qué te ríes?

CAR. (Sigue haciéndose el sordo.) ¡Mi coronel!

COR. Te pregunto que ¿por qué te ríes?

CAR. Sí, mi coronel.

COR. Ya no me acordaba de que es sordo.

CAR. Sí, mi coronel.

COR. Pero ¿en qué pensarán esos sargentos?

CAR. Sí, mi coronel.

COR. ¡Tú no te has presentado jamás a la visita!

CAR. ¿Eh?

COR. ¡Que si has ido a la visita!

CAR. Perdone usía, mi coronel. Voy a descomponer la alineación... (Da media vuelta y evoluciona por detrás del coronel para colocarse a su derecha.) Oigo mejor por la izquierda.

COR. ¿Has visto al físico? ¿Qué te ha dicho?

CAR. ¿Qué... qué me ha dicho el físico?

COR. (Impacientándose.) ¡Sí!

CAR. Pues verá usía... Me miró la oreja... pero no vió nada. Bueno, era la izquierda.

COR. (Más impaciente.) ¡Haberle dicho que te mirase la derecha!

CAR. ¡Si me la miró también, mi coronel!

COR. Y ¿qué?

CAR. Que... que tampoco vió nada.

COR. ¡Estos físicos!... Todo lo hacen a la ligera. Por eso no me llama la atención.

CAR. No... es que verá usía... Mi mal está muy en el fondo del interior. Cuando se lo advertí al señor físico, me dijo que tal vez habría que ponerme en observación. Y yo creo que no hace falta.

COR. ¡Cá, hombre! Si el defecto está bien a la vista.

CAR. ¡Claro! (Aparte.) ¡Ay, gracias a Dios!

COR. Y este defecto te molestará para cumplir tus obligaciones.

CAR. Me molesta tanto que es imposible que siga sirviendo.

COR. Bueno; pues yo hablaré al físico... le llamaré la atención sobre tu caso.

CAR. (Aparte, loco de gusto.) ¡Ya... ya me veo en casa. (Al coronel.) ¡Qué bueno es usía, mi coronel!

COR. Sí, sí; no te esfuerces. Lo sabe todo el mundo. (Gritando a la puerta de la izquierda.) ¿Estamos listos, señor teniente?

ESCENA XVII

Dichos, CARVAJALES y al final ENRIQUE

CARV. (Sale por la izquierda. El uniforme le está bastante estrecho. Se ha vestido muy mal y se ha puesto el sable a la derecha.) ¡A la orden, mi coronel!

COR. ¡El sable! Pero ¿cómo se ha puesto usted el sable?

CAR. (Rápidamente y colocándoselo bien.) ¡Que es al otro lado, mi teniente.

COR. Y el uniforme no está muy airoso que digamos.

CARV. ¿No? Pues... me lo ha hecho el mejor sastre de la población.

COR. Por esta vez le ha salido bastante desigual. En fin, no hay tiempo que perder. Salgamos. Los caballos aguardan.

CARV. ¡Los caballos! (Aparte.) ¡Señor: ten piedad de este desdichado notario!

COR. Iremos a galope tendido.

CARV. ¡Tendido!...(Aparte.) ¡Así acabaré yo!

COR. Pase usted delante, señor teniente. (A Carrasco.) Veré al físico.

CARV. (Haciendo mutis por foro. Aparte.) ¡El Señor me coja confesado!

COR. (Aparte lleno de satisfacción.) ¡Hoy va a ser un día memorable! (Vase foro.)

Car. (Loco de júbilo. Canturrea y tira por el aire unas botas y un cepillo.)

¡Arza y olé!
¡Pobrecitos militares,
cuantas fatigas y pesares
pasa el ejército español!...
(Enrique sale y lo contempla con asombro).

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Un saloncito muy bien amueblado. Puerta al foro que da a un vestíbulo. Puertas a derecha e izquierda, primer término y segundo. «Chaise longue» a la derecha. Velador y dos sillas a la izquierda. Cuadros, sillas, butacas, etc. Es de día.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, la escena sola. En seguida sale LUCIANA con traje de novia por la segunda izquierda, seguida de la Señora de PADILLA. Después, Señora de CARVAJALES.

S. PAD. ¿Qué nueva contrariedad te pasa? Porque con esta ya van tres.

LUC. Me parece que se me ha soltado una liga... y no era cosa de sujetármela delante de todo el mundo.

S. PAD. Ahora es una liga. Antes era el corsé. Anda, pon el pie sobre esta silla.

LUC. (Poniendo un pie sobre una silla.) ¡Jesús, qué incómodo es este traje!

S. PAD. (Bajando la falda de Luciana.) ¡Cuidado!... Alguien se acerca.

S. CAR. (Sale del foro.) Perdonen ustedes. Si molesto...

S. PAD. ¡Ah! Es la señora de Carvajales, el notario. Siéntese usted. ¿Creerá usted que Luciana ha estado a punto de perder una liga?

S. CAR. ¿Una liga? En un día de boda hay que estar en todo. Esta monísima criatura estará emocionada.

LUC. No, señora. En absoluto.

S. CAR. ¡Ah! Pues yo lo estaba cuando me casé. Y ¿usted, señora?

S. PAD. Creo que también. Aquellos eran otros tiempos. (A Luciana.) Esto ya está. Volvamos al salón.

S. CAR. Yo me he retrasado, esperando a mi marido... que supongo no habrá llegado.

S. PAD. No; pero no se preocupe usted. El mío tampoco.

LUC. Ni el mío.

S. CAR. ¡Cómo! ¿El novio? (Se abre la puerta del foro y aparecen PADILLA, BERMÚDEZ y PAQUITA.)

PAD. Hágame usted el favor de pasar...

S. PAD. Son ellos.

BER. Usted delante.

PAD. Yo se lo suplico.

BER. Entonces, por obediencia. (Entra seguido de Paquita y Padilla.)

ESCENA II

Dichas, BERMÚDEZ, PADILLA y PAQUITA

BER. (Con gran desenvoltura.) ¡Señoras, saludo a ustedes!...

PAD. El general marqués de Torreblanca.

BER. (Por Luciana.) Mi sobrina, sin duda. ¿Mi encantadora sobrina?

PAD. En efecto, general. Nuestra hija Luciana.

BER. (Abrazando a Luciana.) Con permiso.

LUC. Usted lo tiene, tío.

PAQUI. (¡Es muy bonita!)

BER. ¡Es una manzanita! ¡Una verdadera manzanita!

PAD. Mi señora...

BER. Lo hubiese adivinado. Tal hija... tal madre. (Abrazando a la señora de Padilla.) Con permiso.

S. PAD. Usted lo tiene.

BER. Otra manzana... (más madura.) (A la señora Padilla por la señora Carvajales.) ¿Su hermana tal vez?

S. PAD. No, general. (Presentándola.) La señora de Carvajales.

BER. ¿La señora del notario?

S. CAR. ¿Conoce usted a mi esposo?

BER. Sí; lo he visto en casa de mi sobrino. (Abrazándola.) Con permiso.

S. CAR. (Un poco admirada.) Pero, general...

BER. La tercera manzana. ¡Sabrosa, sabrosísima!...

S. CAR. (Esponjada.) ¡Oh, general! (Á Padilla.) ¡Es delicioso!

PAD. Todo franqueza.

BER. (Bajo a Paquita.) ¿Cómo me encuentras?

PAQUI. No estás mal. Preséntame.

BER. ¡Ah, sí! (Á los otros.) Mi ama de gobierno. Mi fiel ama de gobierno.

PAQUI. Señoras ..

S. PAD. Señorita... (Bajo a Padilla.) ¡Muy joven el ama de gobierno!

PAD. (Bajo a su mujer.) No representa la edad que tiene.

S. PAD. Nos alegra mucho, general, que usted haya podido, a pesar de su indisposición...

BER. Pues miren ustedes... He tenido miedo... Después de la aventura de esta noche... (Paquita lo pellizca y él tose.) Perdonen ustedes. ¡Este pícaro catarro!...

PAQUI. ¡Está tan delicado!

S. PAD. (Bajo a su marido.) Y ¿qué hay de la donación?

PAD. (Bajo a su mujer.) Le he hablado; pero parece eludir el asunto.

S. PAD. ¡Ah! Pues hay que insistir.

PAD. ¿Qué, general? ¿Pasó el arrechucho?

BER. Perfectamente. Como si tal cosa.

S. PAD. ¿Quiere usted que Luciana le enseñe sus

regalos mientras esperamos a su sobrino? Que, dicho sea sin reproche, no se da mucha prisa para llegar.

BER. Pues si usted supiese, señora... A veces las circunstancias... Sería facil que no pudiera venir...

LUC. ¿Cómo?

S. PAD. El general bromea.

BER. Todo depende del coronel. Si el coronel consiente...

PAQUI. (Bajo a Bermúdez.) Fíjate en lo que dices.

S. PAD. (Que ha oído las palabras de Paquita.) ¡Se tutean!

BER. (Cambiando de tono.) ¿De modo... de modo, señorita que usted ha recibido muchos regalos?

S. PAD. Una infinidad. Muebles, cuchillos, abanicos...

BER. Vamos, vamos a ver esas maravillas.

S. PAD. Luciana, acompaña al general y a la... señorita.

LUC. Por aquí, querido tío. A mi habitación. Yo iré delante.

PAQUI. ¿Y usted no viene, señor Padilla?

S. PAD. (Imperativa a su marido.) ¡Quédate!

PAQUI. (Tiene mal genio la vieja.) (Vase por la primera izquierda, detrás de Luciana y Bermúdez.)

S. CAR. Yo, con permiso de ustedes, voy al salón a saludar a las conocidas.

S. PAD. (Bajo a su marido.) Déjala que vaya.

S. CAR. Hasta ahora. (Aparte mientras hace mutis.) Pero ¿qué habrá tenido que hacer mi Leovigildo? (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA III

PADILLA y Señora PADILLA

S. PAD. Benjamín, la situación es grave.

PAD. Tranquilízate. ¡No se burlará de nosotros! El general ha prometido una cesión...

S. PAD. Pues no la hará y nuestro yerno no tendrá una peseta de capital.

PAD. Pero, mujer, ¿por qué no?

S. PAD. Porque esa Dionisia, esa que dicen que es el ama de gobierno... esa es un lío del general.

PAD. ¡Atiza! Y tú, ¿por qué sospechas?

S. PAD. Porque he oído que lo tutea. El Marqués es un viejo verde. No tiene duda. Y no hará más que lo que ella quiera.

PAD. Pues eso tiene arreglo. ¡Yo no casaré a mi hija con un hombre que no tiene bienes de fortuna!

S. PAD. ¡Benjamín, ya es tarde!

PAD. ¡Lo veremos!

S. PAD. Luciana adora a su marido. Torreblanca la idolatra.

PAD. Sí, ya lo veo. Por eso se da tanta prisa en venir.

S. PAD. Se habrá retrasado sin querer.

PAD. ¡Nada, eso no tiene excusa! Yo, el día de mi boda, me levanté a las cinco de la mañana... y, además no había cerrado los ojos en toda la noche.

S. PAD. Por eso a la caída de la tarde te dormías de pie.

PAD. Es que había llevado un día agitadísimo. ¿Te acuerdas?

S. PAD. Muy poco.

PAD. (Muy digno.) ¡Tienes bastante fragil la memoria! (Mira su reloj.) ¡Las doce! ¡Una hora de retraso! ¡Y tu yerno sin llegar! ¡Esto no tiene nombre!

ESCENA IV

Dichos y TORREBLANCA. Después PAQUITA, LUCIANA y BERMÚDEZ

TORRE. (Sale por el foro precipitadamente) Querido suegro... Querida (La señora Padilla lo mira foscamente.) mamá política...

PAD. ¡Vamos, ya era hora!

TORRE. Sí, he tardado un poco. Tenemos un nuevo coronel... y me he visto obligado... (Cambiando de tono.) ¿Qué? Supongo que Luciana estará ya lista.

S. PAD. Completamente. ¡Todos esperándole a usted!

PAD. Y ¿el notario?

TORRE. Pues... casi seguro que no podrá venir. Lo han llamado para que vaya a la cabecera de un enfermo... Se trata de un testamento ¡*in extremis*!

S. PAD. Ha podido prevenirnos antes.

TORRE. Pero ¿cómo? ¡Si les digo a ustedes que es *in extremis*! Conque, ¿dónde está Luciana?

S. PAD. Enseñando los regalos a su tío y al... al ama de gobierno.

TORRE. ¡Ah, sí! (¡El diablillo de Paquita!)

S. PAD. Por cierto que me parece muy joven y muy guapa el ama de gobierno.

TORRE. No sé, no la conozco.

S. PAD. Usted nos habló de una señora de cincuenta años.

TORRE. Sería la otra.

S. PAD. ¿Tiene dos?

TORRE. No... la que tenía antes... Son detalles en los que no me fijo.

PAD. Y eso ¿no le preocupa a usted nada para el porvenir?

TORRE. Absolutamente nada. Estoy seguro de mi tío. ¡Adora en mí!

BER. (Sale con Paquita por la primera izquierda.) ¡Magníficos, magníficos esos regalos!

PAQUI. (Entusiasmada.) ¡Viendo esto, dan ganas de casarse de veras!

S. PAD. ¿Cómo de veras?

BER. ¡Oh! Mi sobrino, mi caro sobrino... ¡Yo adoro en él! ¡Lo adoro positivamente!

S. PAD. Ahora mismo nos lo decía.

BER. (Abrazando a Torreblanca.) ¡Es mi hijo, mi niño mimado!

PAD. Y su heredero... ¿no es eso?

BER. ¡Todo, todo lo que yo tengo es de él!

PAD. Nosotros no pedimos tanto. Ahora de momento...

LUC. (Sale por la primera izquierda.) Me he entretenido ordenando los estuches...

TORRE. ¡Luciana!

BER. (Señalando a Torreblanca.) ¡Qué distinción! ¡Qué arrogancia! (A Luciana.) Señorita, yo no sé hacer frases; pero puedo afirmar que tendrá usted en mi sobrino un esposo... un esposo...

TORRE. Comprendido, tío.

BER. En fin, un verdadero esposo.

PAQUI. Sí... La señorita no se aburrirá.

TORRE. Vamos... Vamos, porque se hace tarde.

BER. Y sólo me resta decir que mi satisfacción es inmensa y que ahora, con doble motivo, todo, todo lo que yo tengo será de él.

S. PAD. (Bajo a Padilla.) Aprovecha la ocasión.

PAD. Entonces, general, no habrá duda en lo de la donación por valor de cien mil pesetas.

BER. ¿Cien mil? ¡Eso no es nada! ¿Quieren ustedes ciento cincuenta mil?... ¿Doscientas mil?

TORRE. ¡No! ¡No, tío!

BER. ¡Las rehusa! ¡Noble arrogancia! ¡Es un Torreblanca! Vieja familia del Maestrazgo.

PAD. General, ¿si usted quiere que arreglemos ese pequeño asunto?...

TORRE. ¡Pero si no está el notario!

PAD. Es verdad. Bien; cuando venga. (Á Bermúdez.) ¿Cuento con su palabra?

BER. ¡Se la empeño a usted! Ea, vamos a casar a estos muchachos.

PAD. (Á su mujer.) ¿Qué opinas tú?

S. PAD. ¡Nada!

PAD. Yo opino lo mismo.

LUC. (Á Paquita.) ¿De modo que me asegura usted un buen marido?

PAQUI. ¡Y muy adelantado!

TORRE. Vamos, Luciana. Perdemos mucho tiempo.

BER. ¡Sobrino!

PAD. General, cuando usted guste...

BER. Voy en seguida... Tengo que decirle dos palabras a mi sobrino.

PAD. Que les aguardamos. (Vanse señora Padilla y Luciana por la segunda izquierda. Detrás, Padilla.)

ESCENA V

PAQUITA, TORREBLANCA y BERMÚDEZ. Después, Señora PADILLA

BER. Supongo que estará usted satisfecho.

TORRE. ¿Satisfecho? No sé por qué.

PAQUI. Te hemos sacado del apuro...

TORRE. No, se han divertido ustedes de mí. ¿Qué idea le ha dado a usted de pasar por mi tío?

BER. Permítame usted. Ha sido su suegro quien se ha engañado.

TORRE. ¡Es necesario desengañarle!

PAQUI. No podíamos decir quienes éramos.

BER. Y yo, además, comprendí en seguida que

la presencia de su tío era indispensable... que de ello dependía el casamiento...

PAQUI. Y nos hemos sacrificado.

TORRE. ¡Paquita, yo te suplico!...

PAQUI. No te sulfures hombre. ¡Tienes un carácter!... Bueno, oye: ¿y el arresto?

TORRE. Carvajales llegó a casa, me dió su gabán, su sombrero, y pude escapar sin que me conocieran.

PAQUI. ¿Tú ves? Todo se arregla. (Se oye ruido y voces dentro. La señora Padilla sale precipitadaments por segunda izquierda.)

S. PAD. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué accidente!

TORRE. ¿Qué pasa?

S. PAD. Un oficial, que llegaba al galope, acaba de caer del caballo. Vengan ustedes. ¡Pronto! (Vase foro, seguida de Bermúdez.)

TORRE. ¡Un oficial! ¡Es el capitán ayudante! ¡Ya soy perdido! Yo... yo no lo espero.

PAQUI. ¡Cálmate, hombre! Mira: si el ayudante está ileso, yo lo convenceré; y si hay que cuidarlo, yo lo cuidaré. ¡Déjame a mí! (Salen por la segunda izquierda, señora Carvajales, Luciana y Padilla, al mismo tiempo que aparece Carvajales por el foro en un estado lamentable y sostenido por señora Padilla y Bermúdez.)

ESCENA VI

Dichos, LUCIANA, Señora de CARVAJALES, CARVAJALES, PADILLA y Señora PADILLA

BER. Apóyese usted sin miedo.

TORRE. ¡Carvajales!

PAQUI. ¡El notario!

S. CAR. ¡Dios mío; pero si es mi marido! (Pasa a ocupar el sitio de Señora Padilla.) ¡Leovigildo!... ¡Leovigildo mío! (Sientan a Carvajales.)

S. PAD. Aquí está mi frasquito de sales. Lo tenía por si era necesario para Luciana. (Bermúdez

aplica el frasquito a la nariz de Carvajales.) ¿No habrá un médico entre los invitados?

PAD. Voy a verlo. (Vase segunda izquierda.)

(Carvajales abre varias veces la boca.)

S. CAR. Tiene sed.

LUC. Yo misma traeré el agua. (Vase segunda derecha.)

BER. Le mejor sería un buen cordial.

S. PAD. Agua de azahar... He comprado una botella por si era necesario para Luciana. (Vase por primera izquierda.)

S. CAR. (Tentándolo.) Parece que no se ha roto nada.

TORRE. Yo eso creo.

BER. Lo mejor sería desnudarlo del todo.

S. CAR. Yo no podría. La emoción... Y, además, hay una señorita delante.

PAQUI. Por mí no lo deje usted.

S. CAR. (Sentándose.) ¡Ay, yo no puedo más!

LUC. (Saliendo.) ¡Aquí está el vaso!

S. PAD. (Saliendo.) ¡El agua de azahar!

BER. Venga todo ello. (En el vaso, que no está más que mediado, vierte gran cantidad de agua de azahar.)

S. PAD. ¡Es mucho! ¡Es mucho!

PAQUI. (Haciendo beber a Carvajales.) ¡Bebe, pobrecito, bebe! (Carvajales respira con fuerza.)

BER. ¿Ven ustedes? ¡La reacción! ¡Ya está salvado! (Deja la botella de agua de azahar sobre la mesa.)

S. CAR. Leovigildo, soy yo; tu mujer.

CARV. (Con voz apagada y dejando caer su cabeza sobre el pecho de Paquita.) ¿Eres tú, vida mía.

S. CAR. (Rápidamente.) ¡Esa no es! Yo estoy aquí. (Coge la cabeza de Carvajales y la lleva hacia sí.)

CARV. ¡Ah, sí!

PAD. (Saliendo.) No hay más que un veterinario. ¿Lo llamo?

S. PAD. No. Esto ya va bien.

PAD. Voy a decirlo. (Haciendo mutis por segunda izquierda.) ¡Esto ya va bien, señores!

S. CAR. Vamos, cuenta lo que te ha sucedido.

CARV. Todavía no tengo fuerzas.

S. CAR. ¿Cómo vienes vestido de oficial?

CARV. Era una sorpresa que quería daros... He ido a casa de Torreblanca para pedirle un uniforme... Repito que era una sorpresa. Cuando todos estuviérais tan tranquilos, yo que me presentaba a lo lejos vestido de oficial. «¿Quién será? ¿Vendrá a la boda?» Y cuando la intriga fuera general, yo que me acerco, me miráis todos a la cara, ¡y *tableau!*

LUC. (Bajo a Torreblanca.) Me parece una tontería.

TORRE. Tremenda.

CARV. Carrasco me dió este uniforme, y como me entretuve demasiado... me obligó a montar en el caballo de su teniente.

S. CAR. ¡Ha sido una locura!

CARV. No lo sabes tú bien. (Intenta levantarse y se queja.) ¡Ay, ay, ay!

BER. Sería conveniente un reconocimiento.

PAQUI. Quizás necesite un masaje.

CARV. Sí... justo. Me lo dará el teniente... que está acostumbrado a estos batacazos.

TORRE. Me parece muy acertado. En seguida. Tengan ustedes la bondad de dejarnos solos.

S. PAD. ¿Vienes, Luciana?

LUC. Sí. Habrá que avisar al juez.

S. PAD. Y al cura. Mandaré a tu padre. (Vanse por segunda izquierda.)

BER. (Bajo a Paquita.) Esto se ha complicado.

PAQUI. ¡Yo estoy encantada. (Vanse segunda izquierda.)

CARV. (A su mujer.) ¡Véte tú también!

S. CAR. ¿No puedes desnudarte delante de mí?

CARV. No... ¡Te impresionarías mucho! Debo tener el cuerpo como un mapa.

S. CAR. Lo que quieras. (Me parece que mi marido no anda muy bien de la cabeza.) (Vase segunda izquierda.)

ESCENA VII

CARVAJALES y TORREBLANCA. Después, Señora de PADILLA

CARV. ¡Ya se ha marchado! (Se levanta rápidamente.) Me he fingido contuso. Pero no tengo nada. No ha sido más que el susto... y las agujetas.

TORRE. Bueno; pero, ¿qué hay? ¿qué pasa?

CARV. Pues que fué allí el coronel...

TORRE. ¿Mi coronel?

CARV. Justo. Y al verme en casa de usted, con la gorra de usted...

TORRE. ¿Le tomó por mí?

CARV. Era lo natural.

TORRE. Bueno, y ¿qué ha dicho?

CARV. Pues me dijo: «Yo no puedo levantar el arresto; pero sí puedo agregarlo a usted a mi persona, y llevarlo en comisión de servicio. Invíteme usted a su boda y yo lo llevo...»

TORRE. ¿Eh? ¿Cómo? Pero, ¿le ha traído él a usted?

CARV. A mí... es decir, a usted... es decir, al teniente Torreblanca. Y añadió: «Lo llevaré a usted a caballo.» ¡A caballo! Y aquí estoy.

TORRE. ¡Es que usted no ha debido consentir!...

CARV. Eso era delatarlo a usted.

TORRE. Hubiese sido preferible.

CARV. Siempre estamos a tiempo.

TORRE. Siga usted.

CARV. Montado como pude en el caballo del coronel, partimos tranquilamente... Al paso me sostenía muy bien. Poco a poco el animal se anima y yo empiezo a saltar terriblemente. «¡Apriete usted las piernas!» me gritaba el coronel. Yo no sé si apreté mucho o si no apreté nada... El caso es

que, de pronto, el caballo da un brinco, y parte al galope, zarandeándome de atrás a delante, de izquierda a derecha... ¿Cómo no rodé veinte veces? ¿Cómo pude llegar hasta la entrada de la finca? ¡Milagro evidente! Yo estaba más muerto que vivo. Me deslicé como pude, mis piernas flaquearon, caí a tierra, me recogieron... ¡y *tableau!*

TORRE. ¡Y *tableau!* ¡En buen conflicto me encuentro yo ahora!

CARV. ¡Usted en ninguno! Si acaso yo.

TORRE. En resumen, es que me he burlado del arresto.

CARV. Pero si no lo sabe nadie.

TORRE. Se sabrá forzosamente. Ahora llegará el coronel...

CARV. Yo creo que no. Es imposible que me haya seguido en mi vertiginosa carrera... y como él no conoce el camino, habrá tenido que retroceder. ¡Estamos tranquilos!

TORRE. Yo deseo que venga para confesarle...

CARV. ¡Nunca! ¡No confiese usted nada!

TORRE. ¿Oye usted? ¡El galope de un caballo!

CARV. (Inquieto.) Sí... no tiene duda.

S. PAD. (Sale por la segunda izquierda.) ¡Otro oficial! ¡Otro oficial! ¡Ay qué alegría! (Se dirige al foro.)

TORRE. ¡Es el coronel! ¡Somos perdidos! (Se deja caer en una silla.)

CARV. ¡Nunca! ¡Hay que tener valor! Yo, simple notario, magullado por una caída de caballo, todavía tengo valor... Y usted, un soldado...

TORRE. Usted no arriesga nada.

CARV. ¡He arriesgado el pellejo, señor mío!

ESCENA VIII

Dichos, CORONEL y Señora PADILLA

COR. (Sale por el foro con Señora Padilla.) Si, señora; el coronel Castañón, el nuevo coronel del 22 de Húsares. Su yerno me ha suplicado de tal modo que asistiera a su boda, que no he sabido rehusar.

S. PAD. Honradísimos, señor coronel. Con su permiso, voy a anunciar...

COR. Es usted muy dueña.

S. PAD. Aquí le dejo a usted con mi yerno.

COR. ¡Ah! sí. No había reparado.

TORRE. (Bajo a Carvajales.) Yo le digo la verdad.

CARV. (Bajo a Torreblanca.) ¡Usted no tiene derecho! ¡Su boda ante todo!

S. PAD. En seguida vuelvo. (Vasa segunda izquierda.)

ESCENA IX

CARVAJALES, TORREBLANCA, CORONEL. Después Señora de PADILLA, BERMÚDEZ, PAQUITA, Señora de CARVAJALES y LUCIANA. Al final PADILLA

COR. (A Carvajales.) Ya he comprendido, señor teniente, que deseaba usted abandonarme.

CARV. No; verá usted, mi coronel...

COR. Ya, ya lo he visto. El animal se desbocó. Lo principal es que no ha habido accidente. ¡Acabaría usted dominándolo!

CARV. Completamente. ¡Lo paré en seco!

COR. No me gusta la manera que tiene usted de montar.

CARV. No... ni a mí tampoco. (Salen por la segunda izquierda, Señora Padilla, Luciana, Señora Carvajales, Paquita y Bermúdez.)

COR. ¡Ah! Ya está aquí su mamá política. Y, naturalmente, esta linda señorita es la prometida...

S. PAD. En efecto. Mi hija Luciana.

COR. Encantadora. (A Carvajales.) Lo felicito a usted.

S. CARV. (Bajo a Carvajales extrañada.) Oye, ¿por qué te felicita?

CARV. (Bajo a su mujer.) Es... ¡una costumbre militar! Tú no digas nada.

COR. (A Luciana.) Señorita: yo tengo una reputación de bondadoso que me ha valido un sobrenombre. Me llaman «El Papá del Regimiento». Usted va a aumentar el número de mis hijos. Permítame usted testimoniarle mis sentimientos paternales con un pequeño abrazo. (A Carvajales.) Digo, si usted me permite...

CARV. ¿Cómo no?

S. CARV. (Bajo a su marido en el colmo de la extrañeza.) Oye, ¿por qué te pide permiso?

CARV. (Bajo a su mujer.) ¡Es... otra costumbre militar! Tú no digas nada.

S. PAD. (A Paquita y Bermúdez.) ¡Es un hombre encantador!

PAQUI. ¡No lo sabe usted bien!

S. PAD. Pero ¡qué distraída! Coronel: el tío de mi yerno, el general marqués de Torreblanca.

COR. General, tantísimo gusto.

BER. El gusto es mío.

COR. Tiene usté todo el aspecto de Napoleón.

BER. Pues ya no lo hago.

PAQUI. (Rápida.) Quiere decir que está retirado.

COR. ¡Ah, ya! ¿Y esta señora es?...

PAQUI. Señorita, coronel, señorita.

COR. He debido adivinarlo.

BER Mi ama de gobierno, mi fiel ama de gobierno. Pertenece a una rancia familia del Maestrazgo.

COR. ¡Ah! Muy bien! (Aparte.) ¡Deliciosa el ama de gobierno!

PAD. (Sale por el foro.) ¿Qué, estamos todos?

LUC. Sí, cuando queráis.

S. PAD. Benjamín: el coronel de nuestro yerno ha venido a honrarnos con su presencia en este día memorable.

PAD. ¡Encantado, coronel! es usted muy bueno.

COR. Sí, sí... ya lo sé.

TORRE. (Bajo a Paquita.) Como el coronel asista a la boda, ¡yo tengo que pegarme un tiro! Hay que hacer que este hombre no asista.

PAQUI. (Bajo a Bermúdez.) ¡Hay que hacer que este hombre no asista!

BER. (Bajo a Carvajales.) ¡Hay que hacer que este hombre no asista!

CARV. (Bajo a su mujer distraído.) ¡Hay que hacer que este hombre!... Digo, no; no hay que hacer nada.

S. CARV. (Aparte.) ¡Ay, a ti te pasa algo, Leovigildo!

PAQUI. (Bajo a Torreblanca.) Yo te salvaré. ¿Ves cómo éra conveniente mi presencia? ¡Te respon-pondo de que el coronel no asistirá a la boda!

PAD. Ea, señores. Pasemos al salón para formar la comitiva. El juez y el cura deben estar ya impacientes. (Van haciendo mutis por la segunda izquierda, Luciana, Torreblanca, Carvajales y señora y Padilla.)

S. PAD. Perdone usted, señor coronel, si con el aturdimiento propio del día y de su inesperada y honrosísima visita, no lo atiendo como se merece...

COR. Usted, señora, no se preocupe de mí para nada.

S. PAD. Ahora le presentaré a usted a alguna dama para que la honre ofreciéndole su brazo.

COR. ¡Por Dios, señora! No se moleste. Yo mismo... (A Paquita, que se ha quedado con toda intención.) Si esta señorita no tiene inconveniente...

PAQUI. Ninguno.

S. PAD. ¡Ah! sí... La señorita Dionisia.

COR. Pues nada; agréguese a la comitiva. Nosotros vamos en seguida.

PAQUI. En seguida.

COR. Con absoluta confianza. Usted no se preocupe de mí para nada.

S. PAD. Lo que usted diga. (Aparte a Bermúdez mientras hacen mutis por la segunda izquierda.) Decididamente, tiene un carácter encantador.

ESCENA X

PAQUITA, CORONEL, y luego BERMÚDEZ

PAQUI. ¡Ay, coronel! ¡Qué ganitas tenía yo de encontrar un galán tan simpaticote!

COR. (Galante.) Yo bendigo la casualidad que me ofrece una compañía tan deliciosa.

PAQUI. (Con coquetería.) Eso lo dice usted...

COR. Como lo pienso.

PAQUI. Yo también bendigo esta casualidad... (Como entusiasmada.) ¡Coronel, me gusta usted a rabiar!

COR. (Orgulloso.) ¡Señorita!...

PAQUI. Tiene usted una perilla que subyuga.

COR. (Acariciándosela.) ¡Bah! No tiene importancia. ¡Ay, qué lastima no poder quitarme ahora mismo treinta años de encima!

PAQUI. ¿Para qué? Los hombres de cincuenta son los más atentos, los más amables...

COR. Sí, ¿eh?

PAQUI. No es que yo lo sepa. Es que me lo figuro. ¡Ay, coronel! Ya no sé lo que digo. Estoy trastornada... Estoy mareada... Es la emoción...

COR. (Aparte. Satisfecho.) ¡Pobre! ¡La he alucinado! (A Paquita.) ¿Eh? Parece ruido de coches. Señorita, creo que debemos salir... (Le ofrece el brazo.)

PAQUI. ¡Ay, yo no puedo! (Al cogerse al brazo del coronel finge un desvanecimiento, vacila, suspira y cae en los brazos de aquél.) ¡No puedo! ¡No puedo!

COR. ¡Demonio! ¿Qué tiene usted?

PAQUI. (Con voz apagada.) Nada... Un desvanecimiento.

COR. ¿Quiere usted que llame?

PAQUI. (Agarrándose a él fuertemente.) ¡No!... no me deje usted. Yo me siento muy mal... Yo me muero, coronel, yo me muero. (Vuelve a dejarse caer en sus brazos.)

COR. ¡Caracoles! ¡Pobre criatura! (Paquita indica que el corsé la molesta.) Se ahoga... ¡Claro, está muy apretada! (Intenta desabrocharla. Paquita le indica que se desabrocha por detrás. El se la pasa al otro lado.) Es por detrás... ¡Cristo, un alfiler! Nada, que no atino. (Paquita se resbala.) ¡Que se me va! ¡Que sí que se me va! (La sujeta fuertemente con los dos brazos.) Si yo pudiera... (Busca donde colocarla.)

BER. (Saliendo por la segunda izquierda.) Pero ¿no vienen ustedes?

COR. (¡El general! ¿Qué hago yo con esto?)

BER. Usted perdone. Si he venido a interrumpir...

COR. (Cortado.) Esta señorita se ha sentido indispuesta... (Paquita hace seña a Bermúdez de que no es nada.)

BER. ¡Ah, sí! No se asuste usted. Esto le da con mucha frecuencia. No hay para ello más que un remedio... Llevarla al jardín y sentarla en un sitio bastante frondoso... ¡Llévela usted!

COR. (Aturdido.) ¿Cómo?

BER. Se la confío a usted. Llévela al jardín... busque frondosidad... Eso es lo mejor... Yo diré que no los esperen... (Haciendo mutis.) Se la confío a usted... (Vase por la segunda izquierda.)

COR. ¿Y se va! Llévela al jardín... Eso se dice muy fácilmente. Pero ¿cómo? No tiene nada de ligera esta señorita. Pesa como un plomo. Y yo comprendo que el jardín le sentará muy bien. Intentémoslo, señorita...

(Va llevándola poco a poco hacia la derecha.) ¡Está para comérsela!... Un poquito más... Vamos, señorita... ¡Señorita! (Consigue llevársela por la segunda derecha.)

ESCENA XI

MARCIAL y DIONISIA. Esta trae un maletín. Después CARRASCO

MAR. (Sale por el foro con Dionisia. Viene furioso. Es un viejo condecorado, ligeramente apoplético y de aspecto militar.) ¡Mil truenos y mil millones de truenos!... Insisto en que usted tiene la culpa de que lleguemos cuando no quede más que el humo de los cirios. ¡Por usted he perdido el primer tren!

DION. Ya lo avisé con un telegrama.

MAR. Usted no quería de ninguna manera que yo viniese a la boda. ¿Teme usted algo?

DION. Sí, señor. Temo por su salud. Estas fiestas le perjudican a usted.

MAR. ¡Y dale! Con esas impertinencias me tiene usted agoviado.

DION. Aun no hace un mes, a consecuencia de una comilona en casa del comandante de la Guardia civil, estuvo usted dos días como embrutecido.

MAR. ¡Dionisia, mucho cuidado!

DION. ¡Pero si no conocía usted a nadie! Ni siquiera a mí. Recuerdo que me llamaba usted Guadalupe. Algún trapicheo de sus buenos tiempos.

MAR. ¡Basta! ¡Le he dicho que basta! ¿Se ha figurado usted que no soy más que una ruina inservible? ¡Pues no! ¡Y mil millones de veces, no! ¡No! (Le da un ataque de tos.)

DION. ¡Eso tenía que suceder! Afortunadamente, traigo en el maletín su jarabe de brea.

(Sale Carrasco por el foro. Trae un telegrama.)

CAR. Ustedes perdonen.

MAR. ¿Eh?

CAR. Es un telegrama que ha llegado para el teniente Torreblanca.

DION. El nuestro, seguramente.

MAR. A ver... (Coge el telegrama y lo abre.) Entre parientes... (Lee.) Justo, es el mismo. Yo se lo entregaré al teniente. ¿Eres su ordenanza?

CAR. Sí, señor.

MAR. Llámame mi general.

CAR. (Aparte, cuadrándose de pronto.) ¡Es un general!

DION. Oiga usted, militar.

CAR. Señora...

DION. ¡Señorita!

CAR. (Debe estar en la tercera juventud.)

DION. Deseo templar un poco de jarabe para el general.

CAR. (Señala la puerta primera derecha.) Si la señorita quiere pasar al comedor... La cocina está al otro lado. (Vase Dionisia por primera derecha.)

MAR. ¿Cómo te llamas, muchacho?

CAR. (Ahora verás.) (A Marcial.) Perdón, mi general; pero estoy bastante sordo. (Acercando el oído izquierdo con afectación.)

MAR. ¿Sordo y no te han rebajado de servicio?

CAR. No... mi general; no me han rebajado.

MAR. (Dirigiéndose hacia la derecha.) En mi tiempo, tan inútil como estás, ya te habrían mandado a tu casa.

CAR. ¡Tiene usía razón, mi general!... En su tiempo de usía, tan inútil como yo estoy... (Vase Marcial por primera derecha seguido de Carrasco.)

ESCENA XII

CARVAJALES y Señora CARVAJALES. Al final, CORONEL

(Carvajales sale por el foro como buscando a alguien.)

S. CAR. (Sale detrás de él.) ¿Qué te pasa, hombre? ¿Por qué te separas de la boda?

CARV. Al salir de la sacristía, Torreblanca me rogó que viniese a enterarme de lo que les pasaba al coronel... y a Dionisia.

S. CAR. Bueno, vamos a ver... ¿Qué necesidad tenías de mezclarte tanto en este asunto y de hacer las tonterías que has hecho?

CARV. Ya te lo he dicho. ¡Malditas las ganas que tenía de quedarme sin mis veinte mil pesetas!

S. CAR. ¡Has estado a punto de matarte! Un poco más, y a estas horas sería viuda. ¡Ya ves, con lo que yo te quiero!

CARV. ¡Ah! pero, ¿es que tú dudas de mi cariño? Ven aquí, mimosilla mía.

S. CAR. Déjame, déjame; que estoy muy enfadada contigo.

CARV. Vamos, no seas tonta. Un abrazo, y fuera rencillas. (La abraza en el momento en que sale el CORONEL por la segunda derecha.)

S. CAR. No, suelta... Que me arrugas...

COR. ¡Recaracoles!

S. CAR. (¡Ay, que vergüenza! El coronel.) (Vase corriendo por el foro.)

CARV. (¡Qué inoportunidad!)

COR. Por lo visto, señor teniente, se ha terminado ya la ceremonia.

CARV. Sí... Yo me he adelantado porque estaba intranquilo no viéndolo a usted.

COR. Y esa señora, ¿también estaba intranquila? Señor mío, ¡esto pasa de la raya!

CARV. Le diré a usted, mi coronel.

COR. ¡Yo no he visto cosa semejante!

CARV. Pero si no tiene importancia.

COR. ¿Cómo que no? ¡Recaracoles! ¿Quién es esa mujer?

CARV. (Le voy a decir la verdad, y así no complico a nadie). (Al Coronel.) Es la señora del notario. De toda confianza.

COR. ¡Ya, ya lo he visto! Señor teniente, yo no estoy dispuesto a tolerar inmoralidades. Esa señora es un lío de usted. Confiéselo usted.

CARV. Lo es... y no lo es, mi coronel.

COR. ¡Pero usted es un hombre imposible! Ayer con gente de bulla... y hoy, a los cinco minutos de casado... ¡Recaracoles! Yo comprendo que gusten las mujeres, pero ¡no tanto!

CARV. Era la última entrevista... y para evitar un escándalo terrible...

COR. ¿Un escándalo? Es demasiado desenvuelta la tal señora. Es como la otra.

CARV. ¿La otra?

COR. Quise decir que es como todas. En fin, repito que no tolero inmoralidades, y es necesario...

CARV. Eso ha terminado, mi coronel; le juro a usted que ha terminado.

COR. Nunca más la menor relación con esa persona. ¿Me lo promete usted?

CARV. Sí, mi coronel. (Prometer no tratarme con mi mujer. ¡Es el colmo!)

COR. Vuelva usted a unirse a la comitiva. Ya se estarán preguntando qué significa su ausencia.

CARV. Pues, con su permiso, mi coronel. (Aparte, haciendo mutis por el foro.) ¡Dios mío! ¿Cuándo se irá este hombre? (Vase.)

COR. ¡Es un pillastre este Torreblanca! (Después de reflexionar.) Sí, pues yo tampoco me duermo. Castañón, amigo mío, tú hablas de los demás... y, sin embargo, no eres de los mejores. Ahora mismo, en el jardín, has emprendido tu milésima conquista.

(Paquita sale por segunda derecha y se detiene en la puerta como dando muestras de turbación.)

ESCENA XIII

CORONEL, PAQUITA y luego BERMÚDEZ

COR. ¡Dionisia!

PAQUI. ¡Ah, coronel!

COR. Hemos sido unos locos. Yo, sobre todo.

PAQUI. (Bajando los ojos.) Los dos. Yo también.

COR. No. Usted estaba desmayada. Usted no tenía noción de las cosas...

PAQUI. Tal vez...

COR. Yo la llevaba a usted bajo aquellos lilos; usted, sin darse cuenta, pasó su brazo por mi cuello; no sé cómo, posé yo mis labios sobre su mejilla... Fué una mala acción, pero fué una delicia. Crea usted que, después de saborear el robo, renegué de mi villanía.

PAQUI. ¡Bah! Eso ya pasó. No hay que apesadumbrarse.

COR. ¿De modo que no me guarda usted rencor?

PAQUI. ¿Rencor? ¡Al contrario!

COR. ¡Al contrario! (Abrazándola.) ¡Dionisia! ¡Mi Dionisia!

BER. (Sale por segunda izquierda.) Perdonen ustedes. Si estorbo...

COR. ¡El general!

PAQUI. (Bajo al Coronel.) No ha visto nada. No se fija nunca.

BER. ¿Pasó el ataque? ¿Qué, como la ha tratado usted?

PAQUI. Muy bien... superiormente.

COR. Nada más que regular.

BER. Yo me he adelantado para prevenir a ustedes. La ceremonia ha terminado. Conviene que los vean a ustedes al llegar. ¡El mundo es muy malo!

COR. Sí, sí... Gracias. (A Paquita.) ¡Es muy amable este señor!

PAQUI. ¡Es de lo que no hay!

ESCENA XIV

Dichos y CARRASCO

CAR. (Sale por el foro con una carta en una bandeja.) Mi coronel, es un ordenanza que... (Fijándose en Bermúdez.) ¡Eh!... ¡El señor Ber!...

BER. (Dándole un pellizco.) ¡Calla!

COR. Pero ¿qué es?...

CAR. Mi coronel, es un ordenanza, que... (Fijándose en Paquita.) ¡Eh!... ¡La señorita Pa!... (Bermúdez le da un puntapié. Carrasco deja caer la bandeja.)

COR. Pero, ¿qué te pasa? Coge esa bandeja.

CAR. (Después de coger la carta y la bandeja y aturdido.) Es el desorden... es el orden... ¡es la órdiga!... Es una carta para mi coronel.

COR. (Después de leerla.) ¡Ah, muy bien! Ahora voy... (Sube hacia el foro.)

CAR. ¿Yo detrás, mi coronel?

COR. ¡Naturalmente! ¡No tendrás la pretensión de pasar delante! (A los otros.) Un momento. (Vase por el foro seguido de Carrasco, cada vez más asombrado.)

PAQUI. (A Bermúdez, siguiendo con la vista al Coronel.) Es muy cariñoso. En eso te gana.

BER. (Encogiéndose de hombros.) Y ¿qué? Que le diesen el papel de Napoleón y veríamos.

ESCENA XV

Dichos y MARCIAL. Después CARVAJALES y TORREBLANCA

MAR. (Sale por primera derecha un poco alegrito.) Me he administrado dos copas de ron encima del jarabe. (Fijándose en Bermúdez.) ¡Ah! Caballe-

ro... Usted dispense. Busco a mi sobrino. Soy el general marqués de Torreblanca.

BER. ¡El tío! ¡Es el tío! (Vase corriendo por el foro.)

MAR. ¿Qué le pasará a ese hombre? (Fijándose en Carvajales que sale por segunda izquierda.) Un militar. Indudablemente un amigo de mi sobrino. (A Carvajales.) Perdone usted, señor teniente... Busco a mi sobrino. Soy el general marqués de Torreblanca.

CARV. ¡El tío! ¡Es el tío! (Vase escapado por el foro.)

MAR. ¿Dónde va esta gente? ¡Ni que yo fuese el cólera!

PAQUI. Seguramente, irán a avisar.

MAR. ¡Ah! muy bien. (¡Buena mujer!)

PAQUI. (Hay que seguir ayudando a ese pillastrón de Torreblanca.)

MAR. Perdone usted, señora...

PAQUI. ¡Señorita!

MAR. Sí... claro... (¡Es encantadora!)

PAQUI. ¿Qué iba usted a decirme?

MAR. Pues ¡eso!... A usted no puede decírsele más que... ¡Señorita, es usted encantadora!...

PAQUI. ¡General!

TORRE. (Dentro.) En seguida vuelvo. En seguida.

MAR. ¡Es mi sobrino! (Dirigiéndose a Torreblanca, que sale por segunda izquierda.) ¡Sobrino! ¡Querido sobrino!

TORRE. ¡Mi tío! ¡Es mi tío! (Vuelve a irse como una flecha por segunda izquierda.)

MAR. ¡Él también! ¡Mi sobrino!

PAQUI. Va a avisar a la familia.

MAR. ¡Ha debido abrazarme!

PAQUI. (Ingenua.) ¡Ay, ojalá fuera eso una obligación!

MAR. Señorita... ¡verdaderamente es usted encantadora!

PAQUI. Y usted es un viejecito simpatiquísimo.

MAR. ¡Viejecito!... ¡Todavía tengo arrestos para ganar cincuenta batallas!

PAQUI. Si, ¿eh? ¿Quiere usted que vayamos al jardín? Por allí andará la familia.

MAR. (Entusiasmado.) ¡Yo voy con usted al fin del mundo!

PAQUI. ¡Ay, general! ¡Hasta ahora no sabía yo lo que era el amor!

MAR. (¡Es una pobrecita!) (A ella.) Pues, nunca es tarde... ¡nunca! (¡Me ha quitado cuarenta años!

PAQUI. (¡Ya ni se acuerda de su sobrino!) (A él.) Por aquí, por aquí, general. (Vanse del brazo por segunda derecha.)

ESCENA XVI

LUCIANA, TORREBLANCA y luego CORONEL

LUC. (Sale por segunda izquierda, con Torreblanca.) Es una idea excelente.

TORRE. (Mira a todas partes con desconfianza.) ¿Verdad que sí? Mientras llega la hora de la comida nos vamos a Valencia a tomar posesión de nuestra casita.

LUC Van a notar nuestra ausencia.

TORRE. Ya ¿qué importa? Aquí estamos expuestos.

LUC. ¿Cómo?

TORRE. No te asustes. Expuestos a que no nos dejen ni un momento disfrutar de nuestra felicidad. Concluyó la tiranía. ¡El cura acaba de darnos la libertad!

LUC. ¡Bien! El tiempo de quitarme el velo y de ponerme un abrigo y salgo para marcharnos.

TORRE. No; si yo entro a ayudarte.

LUC. ¿Cómo? ¿Tú?

TORRE. Ahora estoy en mi derecho. El cura acaba de concedérmelo. (La abraza.) ¡Ay, qué alegría! Luciana, Luciana de mi corazón. (Sale el CORONEL por el foro y se detiene asombrado.)

LUC. Con cuidado. Me estás arrugando el velo. (Vanse abrazados por primera izquierda.)

COR. ¡Recaracoles! Pero, qué es lo que acabo de ver? ¡El atrevido! ¡El sinvergonzón! Pues ¿y ella? ¡El mismo día de su boda!... ¡No! Yo no puedo tolerar ni por un instante que le... que le pase esto a un oficial de mi regimiento. (*Mira hacia el foro.*) ¿Eh? Por allí va... ¡Señor teniente!... Tenga usted la bondad... Un minuto.

ESCENA XVII

CORONEL, CARVAJALES y luego TORREBLANCA

CARV. (*Sale foro, mirando a todos lados con recelo.*) Mi coronel...

COR. Amigo mío; ¡aquí pasan cosas verdaderamente innobles!

CARV. (¡Lo ha descubierto todo!)

COR. ¿Sabe usted dónde está su señora?

CARV. (*Muy contento.*) No, no lo sé.

COR. Cómo, ¿le es a usted indiferente? ¡Pero, hombre! Acaba de casarse y se cuida de su señora como si fuese un compañero de tresillo.

CARV. Verá usted, mi coronel...

COR. ¡Basta! Se conoce que la mujer del notario le interesa a usted todavía... y mucho más. Pues sepa que mientras usted se dedica a la mujer del notario, hay quien se dedica a su mujer de usted, ¡y muy activamente, por cierto!

CARV. (*Con indiferencia.*) ¡Ah! ¿sí?

COR. (*Con indignación.*) ¿Cómo ¡ah! ¿sí? ¿Eso es todo lo que se le ocurre a usted? (*Con mayor indignación.*) Pero, ¿usted no comprende lo que es eso?... ¡Que hay un hombre encerrado allí con su mujer de usted!

CARV. (*Con mucha calma.*) ¿Sí, eh? Me parece una inconveniencia.

COR. — (Exasperado.) ¡Recaracoles! ¡Usted no tiene sangre en las venas! ¡Vamos, yo no puedo! ¡Yo estoy que me abraso! (Golpea en la puerta primera izquierda.) ¡Caballero! ¡Señora!

TORRE. — (Dentro.) ¿Quién llama?

COR. — ¡El coronel Castañón! ¡Salga usted, caballero! (Sale TORREBLANCA por primera izquierda.)

CARV. — ¡Toma! Pero, ¡si es mi primo! ¡Ya decía yo! (Hace señas a Torreblanca que no sabe qué decir.)

COR. — Señor mío, ¿qué hacía usted ahí dentro?

TORRE. — Ayudar a mi... prima mientras se ponía su abrigo.

COR. — Y ¿antes?... ¡Oh! yo no he visto cosa igual. Hace un rato sorprendí al señor con la señora del notario. Ahora ha sido usted el que... ¡Vaya una familia.

TORRE. — Usted se confunde, coronel.

COR. — ¡Basta, caballero! (A Carvajales.) Nosotros nos vamos. Va usted a seguir cumpliendo su arresto.

CARV. — ¿Cómo?

COR. — ¡Ni la menor observación! Llame usted a su señora.

CARV. — ¿A cuál?... ¡Digo! ¿para qué?

COR. — A menos que prefiera usted dejarla en compañía de su primo.

CARV. — (Muy digno.) ¡No! ¡Eso no!

COR. — Bien. ¡Vaya usted! (Empujándolo.)

CARV. — Ya voy, mi coronel, ya voy. (Se acerca a la puerta primera izquierda y llama en voz baja.) ¡Luciana! ¡Luciana!

LUC. — (Dentro.) ¿Eres tú, mamá?

COR. — (Muy fuerte.) ¡Es su marido!

ESCENA XVIII

Dichos, LUCIANA, Señora de CARVAJALES, Señora de PADILLA, DIONISIA y MARCIAL

LUC. — (Sale.) Ya estoy lista.

COR. — Muy bien. La esperábamos.

C R'. ¿Usted nos acompaña, coronel?

cuLo Tengo esa satisfacción. Cójase usted a su brazo. (Señalando a Carvajales.)

LUC. Pero...

CARV. (Bajo a Luciana mientras le ofrece el brazo.) Calle usted o estamos perdidos.

COR. Pueden ustedes ir saliendo, que ahora voy yo.

CARV. (¡Delicioso! ¡Verdaderamente delicioso!) (Vase foro con Luciana.)

TORRE. (Aparte, dirigiéndose al foro.) ¡Pero esto es el colmo de lo inoportunidad!

COR. (Cortándole el paso.) ¿Dónde va usted? Usted aquí, quieto. ¡Y mucho cuidadito! ¡No faltaría más! (Sube hacia el foro.)

S. CAR. (Sale por segunda izquierda.) ¿Cómo? ¿Dónde va ese hombre?

COR. (Deteniéndole.) ¡Usted no, señora! ¡¡Usted no!! Yo soy muy bueno, ¡pero no toleraré semejantes desórdenes! ¡No faltaría más! (Vase foro.)

S. CAR. Pero, ¿qué ha dicho?

TORRE. ¡Qué se yo! ¡A mí déjeme usted en paz! (Vase furioso por el foro.)

S. PAD. (Sale por segunda izquierda.) Pero, ¿dónde va Luciana? ¡Luciana! ¡Luciana! (Vase foro.)

S. CAR. ¡Leovigildo! ¡Leovigildo! (Vase foro.)

DION. (Sale primera derecha.) ¿Dónde diablos se habrá metido el general?

MAR. (Sale por segunda derecha como mareado.) Oye, Guadalupe...

DION. ¡Qué desgracia! ¡Vuelve a llamarme Guadalupe!

MAR. ¡Guadalupe!

DION. ¡Guadalupe!

TELÓN

FIN DEL SEGUNDO ACTO



ACTO TERCERO

Habitación-despacho. Dos puertas al foro. Izquierda primer término. gabinete de Luciana. Derecha primer término, puerta de una alcoba. Cerca de esta puerta aparato telefónico. Muebles elegantes. Derecha segundo término, una gran mesa cubierta con un tapete que casi llega al suelo. Izquierda segundo término, un piano.

Al levantarse el telón sale PADILLA por el foro izquierda, en el mismo momento en que TORREBLANCA sale por la derecha primer término.

ESCENA PRIMERA

PADILLA y TORREBLANCA.

PAD. Pero, hombre ¿qué diablos hace usted?

TORRE. (Muy nervioso.) Estoy ayudando al ama de gobierno que cuida a mi tío.

PAD. ¿Está mejor?

TORRE. Un poco. Le hemos puesto doce sinapismos.

PAD. ¿Sigue llamando Guadalupe a todo el mundo?

TORRE. No. Ya va volviendo a la realidad.

PAD. ¡Qué afección tan extraña!

TORRE. (Mira el reloj.) ¡Más de una hora que se fueron!

PAD. ¿De modo que usted tiene dos tíos?

TORRE. Sí... claro.

PAD. Usted nunca nos habló más que de uno solo.

TORRE. No hay más que uno realmente interesante. (Señalando a la alcoba de la derecha.) ¡Ese!

PAD. Pues y ¿entonces el otro? El primero.

TORRE. Es un gran hombre... no pero tiene una peseta.

PAD. ¿No?... Pues usted nos lo ha presentado...

TORRE. Para calmar su impaciencia. Este no llegaba y usted me abrumaba ya con su dichosa donación.

PAD. Querido yerno... ¡Ese proceder!...

TORRE. (Impaciente.) ¡Bah! Y, además, no es este el momento de pedir explicaciones. Hace hora y media que Luciana y Carvajales partieron juntos, acompañados del coronel. ¡Esta situación es intolerable!

PAD. Y ¿quién tiene la culpa?

TORRE. Yo... yo sólo. Es verdad. ¡Pero por Dios, dejarme tranquilo!

PAD. Está usted demasiado nervioso. ¡Digo! Teniendo aquí teléfono con Valencia, puede usted...

TORRE. No lo hay en mi nueva casa. (Sube hacia el foro.) Por eso envié a Carrasco; pero no vuelve... ¡Empiezo a encontrar raro todo esto! (Con agitación.) ¡Bastante más que raro!

ESCENA II

Dichos, Señora PADILLA, Señora CARVAJALES.
Después CARRASCO.

Señora PADILLA sale con Señora CARVAJALES por foro izquierda.

S. CARV. (De mal humor.) Verdaderamente, yo no comprendo como mi marido...

S. PAD. (Con sequedad.) ¡Yo tampoco lo comprendo! ¡Y qué conjeturas estarán haciendo los in-

vitados! ¡Una comida de boda sin los novios!

PAD. (A su mujer.) ¿Tú qué les has dicho?

S. PAD. Una mentira que parece verdad. Les he dicho que Luciana se hallaba indispuesta y que su marido estaba a su lado para cuidarla.

PAD. ¡Cuánta historia!

S. CARV. ¡Leovigildo ha debido pensar en nuestra intranquilidad!

PAD. Seguramente, el coronel no se ha separado de ellos.

TORRE. (A Señora Carvajales.) El coronel es capaz de haber encerrado a Luciana con su marido de usté.

S. CARV. No importa. Leovigildo es un caballero.

TORRE. Sí; pero las circunstancias...

S. PAD. Eso es ofender a mi hija. Sepa usted, caballero, que es la inocencia misma. No se podrá decir otro tanto de usted.

TORRE. No he pretendido nunca competir con doña Inés de Ulloa.

S. PAD. (Agresiva.) ¿Se sabe ya por qué ha sido usted arrestado?

TORRE. Ya lo he dicho. Un detalle del servicio...

S. PAD. Lo creemos porque lo dice usted.

TORRE. Señora, usted puede creer lo que guste.

CAR. (Sale por foro derecha.) ¡Mi teniente!

TORRE. ¡Aquí está Carrasco! (Todos rodean a Carrasco.) ¿Los has visto?

CAR. Sí.

S. PAD. ¿Qué hacen?

PAD. ¿Por qué se retrasan?

CAR. Sí.

TORRE. Pero, hombre, responde. ¡Te hablo de la señorita Luciana! ¡De mi esposa!

S. CARV. Y yo del señor Carvajales, el notario. ¡De mi marido!

CAR. Sí... sí...

TORRE. ¡Yo te aconsejo que no te hagas el tonto!

CAR. ¡Pero si es que estoy un poco sordo!

TORRE. Procura contestar o te mando al calabozo por un mes.

CAR. Está bien mi, teniente. (Acercando el oído izquierdo.)

TORRE. ¿Dónde has ido? ¿Qué has hecho?

CAR. He ido a casa mi teniente, y allí no había nadie. Yo no he visto ni al centinela.

TORRE. ¡Idiota! ¡Has ido a la casa antigua!

CAR. Después fuí a la nueva.

S. CARV. Y ¿qué?

TORRE. ¿Has subido a la habitación?

CAR. No. Me paré a la mitad de la escalera.

TORRE. ¿Por qué, animal?

CAR. Porque me tropecé con el coronel, que bajaba.

TORRE. Y ¿qué te dijo el coronel?

CAR. Me encargó que viniese a decir a la familia de mi teniente que todo marchaba bien, divinamente bien.

S. CARV. Y ¿eso es todo?

CAR. Pero ¿es que es usted de la familia?

S. CARV. ¡Yo no! (Le vuelve la espalda.)

CAR. (Encogiéndose de hombros.) ¡Bueno! (A los demás.) Ya lo saben ustedes: Que marcha todo divinamente bien.

TORRE. ¡Basta! ¡Márchate, majadero!

CAR. (Aparte al hacer mutis por foro derecha.) ¡Va todo bien y se enfada! ¡No lo comprendo!

S. CARV. (A Torreblanca.) ¡Marcha todo bien! Eso no quiere decir nada.

TORRE. A menos que quiera decir todo lo contrario.

S. CARV. Yo estoy segura de Leovigildo.

S. PAD. Y yo de Luciana.

TORRE. ¡En estos casos hay poca seguridad!

S. PAD. ¡Caballero!

S. CARV. ¡Señor mío!

ESCENA III

Dichos, LUCIANA y CARVAJALES
Carvajales viene vestido de paisano. Trae una pequeña maleta. Sale con Luciana por foro derecha

CARV. ¡Aquí estamos ya!
TORRE. ¡Luciana! ¡Mi Luciana! (Corre hacia ella.)
S. CARV. ¡Leovigildo! (Corre hacia él.)
S. PAD. ¡Hija mía! ¿Cómo habéis tardado tanto?
LUC. A la fuerza, mamá.
S. CARV. ¿Qué traes en esa maleta?
CARV. El uniforme de Torreblanca. Me repugnaba seguir con aquel aspecto ilegal.
TORRE. ¿Y esa ha sido la causa del retraso?
CARV. ¡Quiá! Me he cambiado de ropa en un santiamén, mientras Luciana me esperaba abajo en un coche. El culpable del retraso ha sido el coronel.
LUC. Se ha entretenido en poner en orden algunos muebles y en darnos una infinidad de consejos.
CARV. ¡Es un hombre ideal!
S. PAD. Y ahora que caigo, hija mía. Tú tendrás el estómago en los talones.
TORRE. Es verdad. ¿Por que no habréis comido.
LUC. No. Y por cierto que tengo bastante apetito.
CARV. Y yo también.
S. CARV. Confío en que se habrán acabado todas estas historias.
CARV. Por fín. Libres del coronel... ya estamos tranquilos.
PAD. Ha sido una fortuna que no se haya dado cuenta de nada.
CARV. Eso sí. Es un hombre de una sencillez poderosa. (Suenan dentro aplausos y aclamaciones.)
S. PAD. ¿Eh, qué es eso?

ESCENA IV

Dichos, PAQUITA y BERMÚDEZ

BER. (Sale con Paquita por foro izquierda. Los dos han bebido bastante.) ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Ha sido un golpe divino! Acaba de dedicarnos una.

S. PAD. ¿Una qué?

BER. Una canción. ¡Los invitados rugen de entusiasmo!

PAD. Nos gustaría escucharla.

PAQUI. Y a mí cantarla. Pero es algo atrevida...

TORRE. ¡No, entonces no! (Bajo a señora Padilla.) Llévese usted a Luciana.

S. PAD. Luciana... Carvajales... Vengan ustedes a comer.

CARV. Sí vamos.

S. CARV. Yo los acompaño. (Vanse por foro izquierda, Luciana, señora Padilla, Carvajales y su Señora.)

BER. ¿Atrevida la canción?... ¡Digan ustedes que no!

PAD. ¿Cómo se titula?

PAQUI. «La manzana de Eva».

BER. Es la más inocente que canta. Di sólo la primera parte.

TORRE. No... ahora no...

BER. Peor para ustedes. ¡A mí me encanta esa canción! ¡Trá, lá, lá!... (Canta y baila.)

TORRE. (A Bermúdez.) ¡Cállese usted, por Dios!

BER. Dejaré la música. Pero voy a recitarles el monólogo de Napoleón ante las Pirámides.

TORRE. ¡No, tampoco! ¡Se lo prohibo a usted! (Vase con Bermúdez por foro izquierda.)

PAD. Al general se le subido el *champan* a la cabeza.

PAQUI. En estos actos conviene que haya alegría.

PAD. (Haciendo mutis con Paquita por foro izquierda.) Y

a mí... ¿me cantaría usted «La manzana de Eva»?

PAQUI. ¡Ay, a usted sí! (Vanse.)

ESCENA V

CARRASCO, DIONISIA y luego MARCIAL

CAR. (Asoma la cabeza por la puerta del foro derecha. Al ver que no hay nadie entra en escena y saca una carta.) A ver si, por fin, me dejan entregarle esta carta a la señorita Dionisia..

DION. (Dentro.) Voy a llevar esta huevera a la cocina. (Sale por la derecha con una huevera.)

CAR. Aquí está. Perdone usté, señorita. ¿Es usté la señorita Dionisia?

DION. Sí. ¿Por qué?

CAR. Es el caso que mi coronel me ha confiado esta carta para entregársela cuando nadie me viera, en las propias manos de usté.

DION. (Estupefacta, cogiendo la carta.) ¡Una carta... para mí... del coronel? (Leyendo el sobre.) En efecto, es para mí. (Lo abre y lee la carta.) ¿Eh?

CAR. ¿Decía usted?

DION. (Turbada.) No, nada... Está bien.

CAR. Si tiene contestación...

DION. No, gracias... Si acaso... luego...

CAR. A las órdenes de la señorita. (Vase por foro izquierda.)

DION. (Releyendo la carta.) «Querida Dionisia: El recuerdo de su sonrisa encantadora, me obsesiona, me vuelve loco...» (Encantada.) ¡Es un insensato! Pero, ¿dónde me habrá visto? (Lee.) «He encontrado un pretexto para volver. Aguárdeme usted.» (Muy confundida.) ¿Qué le aguarde?... (Sale Marcial por derecha. Dionisia oculta rápidamente la carta.) ¿Ya se ha levantado usted?

MAR. Sí; estoy mejor. Mi cabeza se descarga.

DION. Hace un rato aun me llamaba usted Guadalupe.

MAR. Sería un *lapsus lingüe.*

DION. Más vale así. (Haciendo mutis por foro izquierda.) Yo estoy que no salgo de mi asombro. (Vase.)

ESCENA VI

MARCIAL, TORREBLANCA, PADILLA. Después Señora PADILLA, CARVAJALES, LUCIANA y Señora CARVAJALES

MAR. ¿Qué tendría aquel maldito ron? Tomarlo y perder la noción de la vida, todo fué uno. Todavía, todavía no estoy en mi centro.

TORRE. (Sale con Padilla por foro izquierda.) Comprendido, querido suegro. (A Marcial.) Tío: Presento a usted al señor Padilla, que deseaba muchísimo conocerlo.

PAD. No vaya usted a creer que por la donación...

MAR. ¡Ah, es verdad! Por cierto que tienen que perdonarme el involuntario retraso. Pero, en fin, ya estoy aquí y dispuesto para el acto.

PAD. Según eso, puede llamarse al notario...

MAR. Cuando usted guste. Traigo conmigo los documentos.

PAD. ¡Magnífico! ¡Soberbio! ¡Usted... usted sí que es el tío de mi yerno! (A Torreblanca.) Este no es como el otro. (Sube hacia el foro.)

MAR. (A Torreblanca.) ¿El otro? ¿Cuál otro?

TORRE. No sé... Este pobre señor no está en sus cabales.

PAD. (Llamando. Salen por foro izquierda, Carvajales y su Señora, Luciana y Señora Padilla.) ¡Vengan, vengan ustedes! ¡Ha llegado el momento solemne! (Presentando a Carvajales.) El señor Carvajales, notario.

MAR. Tantísimo gusto.

CARV. A su disposición.

MAR. Bien; aquí tiene usted los resguardos de los bienes objeto de la donación.

PAD. (Bajo a su mujer.) ¡Es un caballero! ¡Un perfecto caballero! (Carvajales se sienta junto a la mesa, del lado de la pared. Marciál se sienta frente al notario. Los demás se colocan, entre ellos, frente al público.)

CARV. Ahora que estamos todos reunidos, si les parece a ustedes podemos hacer el contrato.

PAD. ¡Sí, hombre! ¡Ya lo creo!

S. PAD. ¿Necesita usted tintero?

CARV. No, gracias. Tengo pluma estilográfica. (Saca una y papel y escribe.) «Ante mí, el notario de este Ilustre Colegio, Leovigildo Carvajales...»

COR. (Dentro.) Gracias, muchas gracias. No se moleste usted.

TORRE. ¡Es el coronel!

CARV. ¡El coronel! (Desaparece sin ser visto de Marcial por debajo de la mesa. Luciana se oculta detrás de Torreblanca, al lado del piano.)

PAD. Y S. ¡El coronel!

ESCENA VII

Dichos y el CORONEL

COR. (Sale foro derecha.) Perdonen ustedes. ¿Quizás he sido indiscreto?

S. PAD. Nunca, coronel, nunca.

COR. Mi intención es buena. Vengo a dar personalmente detalles del nuevo matrimonio.

S. PAD. Usted es demasiado bueno.

COR. Nunca demasiado. Como saben ustedes, acompañé a los nuevos esposos hasta su domicilio; los dejé al poco rato en plena

felicidad, y, según todas las probabilidades, a estas horas... (Luciana, distraída, apoya la mano en el teclado del piano. Al ruido se vuelve el Coronel y ve a Luciana.) ¿Eh? ¡La novia! ¡Es la novia!

TORRE. (¡Cogidos!)

LUC. (Con timidez.) Coronel...

COR. ¿Cómo, señora? ¿Ha dejado ya usted a su marido?

S. PAD. La pobrecita no se acostumbra a estar lejos de su madre.

COR. Sí.... claro. (¡La mosquita muerta! A lo que no se acostumbra es a estar lejos del primo.) (A Luciana.) Y ¿su marido?

LUC. En casa... Se ha quedado en casa.

S. PAD. Vete, hija mía. El coronel te autoriza a que te retires a tu habitación.

COR. ¿Por qué no? (¡Vamos, yo me hago cruces!) (Luciana vase por la izquierda, después de cambiar una mirada con Torreblanca que sorprende el Coronel.) (¡Qué descaro! ¡Le ha guiñado un ojo al primito!)

TORRE. (Bajo a Padilla, Señora Marcial y Señora de Carvajales.) Debemos salir de aquí.

PAD. (Bajo.) Pero ¿y la escritura?

TORRE. Ya no hay duda. Se hará después.

S. PAD. Coronel. Con permiso. Los invitados querrán ir desfilando.

COR. Vayan, vayan ustedes. Con entera franqueza.

TORRE. (Bajo a Señora Carvajales.) A ver si así se marcha y nos deja en paz. (Vanse por foro izquierda Torreblanca, Padilla, Señora Padilla y Señora de Carvajales.)

MAR. (Que está como el que ve visiones.) Pues señor, ¿qué habrá sido del notario? ¡Vamos, yo estoy tonto! (Vase detrás de aquéllos.)

ESCENA VIII

CORONEL y CARVAJALES

COR. ¡No he visto una familia más rara! Yo, si no es por Dionisia, no hubiera vuelto. Y por cierto que me extraña no verla. ¿Le entregaría mi carta el asistente? Seguro. Estoy deseando ver el efecto que le causa mi pequeño obsequio. (Saca un dije del bolsillo.) Aquí está. Un corazón con su anilla correspondiente para llevarlo siempre en la cadena de los dijes. (Lo contempla.) Es un corazón monísimo que... (Se le cae.) ¡que... se me ha caído! Ha debido rodar... (Levanta el tapete de la mesa y se encuentra con Carvajales.) ¡Recaracoles!

CARV. Muy buenas.

COR. Pero, hombre, ¿qué hace usted ahí?

CARV. Nada... Buscaba mi pluma estilográfica.

COR. ¡Si la tiene usted detrás de la oreja!

CARV. ¡Claro, así no la encontraba. (Habla con la cara vuelta al lado contrario de donde está el Coronel. Sale de debajo de la mesa dando muestras de contrariedad.)

COR. (Reconociéndolo.) ¡Torreblanca! ¡Pero si es Torreblanca!

CARA. (Audacia y sangre fría.) (Al Coronel.) ¡Ca, no señor! Está usted confundido. Yo soy el notario. Es que... nos parecemos mucho.

COR. Pero... ¿ni siquiera son ustedes parientes?

CARV. ¡Nada! No somos más que parecidos.

COR. (¡Dios mío! ¿Será mi vista? (A Carvajales.) ¿Cómo se llama usted? (Ahora veremos.)

CARV. (Con gran tranquilidad saca una tarjeta y se la da.) Aquí tiene usted.

COR. (Lee.) «Leovigildo Carvajales. Notario. San Vicente, 44, 2.º. (¡Vamos, yo voy a perder

el juicio! (A Carvajales.) Y ¿hace mucho que está usted aquí?

CARV. Mucho. Es que con el barullo de la fiesta no reparó usted en mí. Yo estaba ya en esta casa cuando usted llegó con el teniente Torreblanca.

COR. ¿Sí, eh?... (¡Pues, señor; yo no he bebido como para esto!) (A Carvajales.) No extrañe usted mi duda. Sólo viéndolo llegaré a creerlo. Voy a hacer que venga el teniente.

CARV. ¡Ah, muy bien! Lo que usted guste.

COR. Es cosa breve. (Va al teléfono y llama.)

CARV. (¡María Santísima! ¡El teléfono!)

(Suena el timbre del teléfono.)

COR. Con el 698... Sí; cuartel de caballería.

CARV. (¡Ojalá no contesten!)

COR. (Aparte, contemplando a Carvajales.) ¡No he visto una cosa más rara! (Suena el timbre del teléfono.)

CARV. (¡Ahora que no conviene contestan en seguida.)

COR. (Al teléfono.) ¿Es el cuartel?... ¿Quién está ahí?... ¿Teniente de guardia?... Aquí el coronel Castañón... Que vaya un ordenanza inmediatamente a la calle de Buenavista, 17, principal, y que acompañe al teniente Torreblanca a la finca del señor Padilla... ¿Sabe usted dónde está la finca? ¡Ah! bien... Oiga... Si el teniente Torreblanca no estuviese donde digo, comuníquemelo aquí por teléfono. (A Carvajales.) ¡Chts! ¿Qué número es el de aquí?

CARV. 14, coronel. (El 14 es el de mi casa.)

COR. (Al teléfono.) Número 14... ¿Ha oído? Buenas noches. (Cuelga el receptor.)

CARV. (¿Ya estoy tranquilo! Cuando telefoneen del cuartel será a mi despacho! ¡Hay que ser precavido!) (Timbre del teléfono.) (Al teléfono.)

COR. ¿Quién?... ¿Qué dice usted, señorita?... ¿Que el número 14 no es el de la finca del señor Padilla?...

CARV. (¡Hasta eso!)

COR. ¿El 57?... ¡Ah, muy bien! Téngalo usted presente y gracias. (Cuelga el receptor.)

CARV. (¡Para una vez que son amables estas telefonistas!...) (Al coronel.) Yo creía que era el 14.

COR. ¿Qué le ha parecido a usted mi idea?

CARV. ¡Ah, magnífica! Yo, con permiso de usted, voy a acabar de hacer el borrador de una escritura. Vengo en seguida. (Aparte, haciendo mutis por el foro izquierda.) ¿Tú quieres teniente? ¡Pues tendrás teniente! (Vase.)

ESCENA IX

CORONEL y CARRASCO

COR. ¡Son dos gotas de agua! Realmente, debe ser muy expuesto parecerse tanto.

CAR. (Asomando la cabeza por el foro derecha.) Mi coronel, ¿está usía solo!

COR. ¿Qué hay?

CAR. (Acercándose mucho.) Con permiso...

COR. Es verdad. Tú no oyes bien por un lado.

CAR. Y el otro se va contagiando. ¡Estoy desesperao! Mi coronel, la respuesta de la señorita Dionisia. (Le da una carta.) ¡Estoy desesperao!

COR. (Lee,) «Espero a usted, coronel, en el jardín, detrás de las palmeras, frente a la estatua de Cupido. Allí podremos hablar sin peligro. Dionisia». (¡Oh, qué aventura tan deliciosa!) (A Carrasco.) Oye, muchacho.. Si te preguntan por mí, di que he debido salir de la quinta.

CAR. Sí, mi coronel.

COR. (Aparte, haciendo mutis por el foro derecha.) ¡Ay! ¡Esta mujer ha venido a trastornar mi vida! (Vase.)

ESCENA X

CARRASCO y luego TORREBLANCA

CAR. ¡Nada! ¡Que no me hacen caso! ¡Que no me mandan a mi casa!... ¡Y cuidado que lo hago bien!... ¡No; pues yo soy muy cabezudo! Y lo consigo. Si yo tuviera valor, ahora mismo me estrellaba la cabeza contra la pared. ¡A ver si esto les convencía más! ¡Ay, si no doliera!....

TORRE. (Sale por el foro izquierda.) ¿Qué haces aquí?

CAR. Sí, mi teniente.

TORRE. ¡Largo, vete a la cocina!

CAR. Sí, mi teniente.

TORRE. Pero pronto... ¡vamos!

CAR. Sí, mi teniente. (Aparte, haciendo mutis por el foro izquierda.) El matrimonio no lo ha cambiado. (Vase.)

ESCENA XI

TORREBLANCA, CORONEL y luego Señora de PADILLA

TORRE. Ya era hora de que nos dejaran en paz. ¿Estará aquí Luciana todavía? (Escucha acercando el oído a la puerta de la izquierda.)

COR. (Sale por el foro derecha.) ¡Yo acabo loco! La que me esperaba era Dionisia, ¡pero otra Dionisia! (Torreblanca llama con los nudillos en la puerta.) ¿Cómo? ¡El primo!

TORRE. Soy yo; Luciana. Abre. (Se abre la puerta y vase.)

COR. (Indignado.) ¡Otra vez! ¡Otra vez en su habitación! Y ahora no dirá que es para ayudarla a poner el abrigo!... ¡Esto ya no tietiene nombre!... Nada; mi deber me man-

da prevenir a la familia. (Sale la Señora de Padilla por el foro izquierda.) Señora, llega usted oportunamente.

S. PAD. ¿Cómo?

COR. ¡Voy a hacerle una revelación espantosa!

S. PAD. ¡Hable usted, coronel!

COR. Acabo de ver entrar en la habitación de su hija... ¿a quién dirá usted?

S. PAD. (Con naturalidad.) Al primo de mi yerno.

COR. Sí, señora; al primo. ¡Y no es esta la primera vez!

S. PAD. Y ¿qué quiere usted, coronel?

COR. ¡Yo no quiero nada, señora! Desde el momento en que usted lo toma así... (¡Qué familia!) (A señora de Padilla.) ¡Dígale usted que salga!

S. PAD. Luciana está algo indispuesta... El habrá entrado a ver si mejoraba. Son amigos de la infancia.

COR. De... la infancia. ¡Ya lo creo!

S. PAD. (Llama en la puerta izquierda.) Luciana, soy yo...

COR. ¡Habían cerrado! (¡Monstruoso! ¡Monstruoso!)

LUC. (Dentro al abrir la puerta.) Entra, mamá.

S. PAD. (Haciendo mutis por la izquierda.) ¿Ve usted, coronel? ¡No tiene importancia!

COR. ¡Qué barbaridad! ¡Pero que una madre se preste a semejante ignominia!... Aquí hay un misterio, que yo quiero aclarar. (Viendo salir a Torreblanca por la izquierda.) ¡El primo!

ESCENA XII

CORONEL y TORREBLANCA. Luego CARVAJALES

TORRE. ¿Me llamaba usted, coronel?

COR. ¿Yo? ¡No, señor!

TORRE. La mamá de Luciana me ha dicho...

COR. Se habrá equivocado. Yo no tengo nada

que decirle, señor mío. Absolutamente nada. ¡Vuelva usted donde estaba! ¡Estaba usted bien!

TORRE. (El coronel acaba loco.)

CARV. (Entra deprisa, por foro derecha. Viene vestido de oficial.) ¡Aquí me tiene usted, mi coronel!

COR. ¡Torreblanca!

TORRE (¡Otra vez de uniforme!)

CARV. ¡He venido como un rayo!

COR. (¡Qué barbaridad! ¡Cómo se parece este hombre al notario!)

CARV. Obedeciendo las órdenes de usted, me había quedado en casa, cuando he recibido un aviso del cuartel, diciéndome que usted me esperaba aquí.

TORRE. (¡Debo tener carne de gallina!)

COR. Muy bien. (Con intención.) Es que no quiero que tan pronto haya separaciones peligrosas. (¡Vamos, yo no acabo de convencerme!) (A ellos.) Los dejo a ustedes porque deseo hacer una pregunta al señor Carvajales.

CARV. ¿Al notario? ¡No se moleste usted! Cuando yo llegaba, salía él. Ya estará cerca de Valencia.

COR. ¿Sí? (¡Esta gente me vuelve loco. Vamos. que yo no me fío!) (A ellos.) Pues yo también regreso a la capital.

CARV. (¡Ay, gracias a Dios!)

COR. Tenga usted la bondad de despedirme de su familia. Y hasta mañana.

CARV. (Acompañándolo hasta la puerta.) ¡Hasta mañana, mi Coronel.

(Vase el Coronel por foro derecha.)

ESCENA XIII

CARVAJALES, TORREBLANCA; después Señora de CARVAJALES, y al final PADILLA y MARCIAL

CARV. ¡Ya se ha marchado! ¡Tralará, trá, lará!... (Canta y baila.)

TORRE. Por lo visto, le divierte a usted todo esto.

CARV. Hombre, a mí...

TORRE. ¿Usted cree que el coronel se deja engañar con esta mascarada?

CARV. No se apure usted. Mañana se arreglará todo.

TORRE. Sí; pero yo pagaré los vidrios rotos.

S. CAR. (Desde la puerta foro izquierda.) Leovigildo... El señor Padilla y el tío Marcial vienen hacia aquí.

CARV. ¡Es claro! Para terminar ese dichoso contrato. Tráeme mi gabán. (Vase señora Carvajales.)

TORRE. Tiene usted razón. ¡Dichoso contrato y dichoso arresto y dichosa Paquita!

CARV. Amigo mío, no estoy de acuerdo con usted. Si el arresto ha sido inoportuno, hay que convenir en que Paquita ha estado oportunísima.

S. CAR. (Sale foro izquierda. Trae el gabán de su marido.) Aquí tienes el gabán.

CARV. En cuanto se firme el contrato, nos iremos todos. (Se pone el gabán.)

PAD. (Sale foro izquierda con Marcial.) Estos días de boda son anormales. Nadie está en su pleno juicio...

MAR. Pues por mí...

PAD. ¡Cá, de ninguna manera! Si ahora ya estamos tranquilos. Señor notario...

CARV. (Se ha sentado a la mesa en la misma forma que antes.) Cuando ustedes gusten.

S. CAR. (A Torreblanca.) ¿Luciana sigue en su habitación?

TORRE. Sí; puede usted pasar. (Vase señora Carvajales por la izquierda.)

CARV. Continúo mi misión. (Escribe.) «Ante mí, el notario de este Ilustre Colegio, Leóvigildo Carvajales...» (Se fija en el Coronel que aparece por foro derecha. Aparte.) ¡El coronel! (Desaparece por debajo de la mesa.)

PAD.
TORRE. } ¡El coronel!

(Vanse corriendo: Padilla por foro izquierda y Torreblanca por la izquierda.)

ESCENA XIV

CORONEL, CARVAJALES y MARCIAL

MAR. Pero ¿qué quiere decir esto? ¿Qué tiene usted, coronel, que todos le huyen?

COR. Seguramente, que no es por el carácter, señor, señor...

MAR. General... general marqués de Torreblanca.

COR. ¿Usted también?

MAR. ¿Como yo también? ¿Es que hay otro?

COR. Parece raro. Pero, poi lo visto hay dos generales y dos Dionisias.

MAR. (¡También... también la ha cogido el coronel! ¡Vamos, esto es una grillera! Voy a buscar a Dionisia para salir de aquí. ¡Estoy aturdido!) (Al Coronel.) Coronel... (Vase por le foro.)

ESCENA XV

CORONEL y CARVAJALES

COR. (Levantando el tapete.) Amiguito. Ya estamos solos. Puede usted salir.

CARV. No, gracias. Es comodidad... ¡Digo, no!... Es... la pluma que se me cae con frecuencia. (Sale de debajo de la mesa riendo como un imbécil.) ¡Mi coronel!...

COR. ¡Recaracoles! ¿Qué es eso? Notario por arriba y militar por abajo.

CARV. Verá usted... Es que tenía frío...

COR. Bueno; pero ¿usted quién es? ¿Torreblanca o Carvajales?

CARV. (¿Quién me convendrá ser?) (Al Coronel.) Yo soy... el que usted guste, mi coronel.

COR. ¡Ya está usted buen pez, señor teniente!

CARV. (Escoge al militar.)

COR. ¡Se acabaron las bromas! Tengo una orden que comunicarle.

CARV. Deseando obedecer como siempre.

COR. He dispuesto una marcha de noche. Es preciso que esta madrugada a las cuatro esté el regimiento en Sagunto, a 25 kilómetros de Valencia. ¡Usted vendrá conmigo!

CARV. ¿Que yo?...

COR. Sí. *Bocacha* le espera. Ya le conoce usted. Es el caballo de antes.

CARV. Sí... (¡Ojalá no le hubiera conocido!)

COR. Vaya usted a arreglarse y a despedirse. Aquí lo espero.

CARV. Bien, mi coronel. (¿Otra vez a caballo? ¡Antes la muerte! (Vase por foro izquierda.)

ESCENA XVI

CORONEL, CARRASCO y luego PAQUITA.

COR. Este sinvergüenza no es el teniente Torreblanca. Pero, entonces ¿quién es el teniente?

CAR. (Sale foro derecha.) Perdone usía, mi coronel.

COR. (¡El asistente! ¡Magnífico!) (A Carrasco.) Acércate.

CAR. A la orden, mi coronel.

COR. Te he prometido ocuparme de tu enfermedad. Cumpliré mi palabra.

CAR. ¡Mi coronel!... (Aparte muy contento.) ¡Ay, que me veo en casa!

COR. Pero con la condición de que respondas francamente a mis preguntas.

CAR. ¡Ya lo creo, mi coronel!

COR. Esta mañana, cuando yo llegué a casa de tu amo...

CAR. Si...

COR. Aquél que estaba allí, ¿era el teniente?

CAR. (Vacila un poco,) No... Mi teniente, vestido de paisano, burlando al centinela, había venido aquí para casarse.

COR. ¿Entonces el que se hacía pasar por el teniente?...

CAR. Era el notario.

COR. ¡Toma! Ya sé quien es el teniente. ¡El primo!

CAR. ¡Es el primo! (Después de reflexionarlo.) ¿Qué primo?

COR. Puedes retirarte. (Carrasco no se mueve.) ¡Qué puedes retirarte!

CAR. (Al hacer mutis por el foro izquierda se encuentra con Paquita que sale, y le dice distraídamente.) Si después de cantar, no me rebaja ¡me *sucidio!*

PAQUI. ¿Qué? (Vase Carrasco. Paquita avanza.)

COR. ¡Es el primo!

PAQUI. Coronel...

COR. Dionisia... Perdóneme usted; pero estoy furioso. ¡Todos estos señores se han divertido de mí! No importa; yo me desquitaré de la burla. ¡Bastante cara van a pagarla!

PAQUI. (¡Uy, uy, uy!) (A él.) Pero, coronel, ¡si usted ya se ha desquitado!

COR. ¿Yo?...

PAQUI. Fingiéndose engañado por la mixtificación. Yo comprendí,—porque lo conozco muy bien, coronel,—que usted desde su llegada había descubierto todo.

COR. Todo... no es la palabra.

PAQUI. ¡Sí, todo! Pero usted lo dejó embrollarse para divertirse con sus apuros y para darles una lección. ¡Ha querido usted ser muy malo!

COR. ¡Pché!

PAQUI. Sí; pero no lo ha conseguido. Porque usted no sabe serlo. Usted es muy bueno... Y por eso yo lo quiero tanto.

COR. (La abraza.) ¡Eres un ángel, Dionisia mía!

PAQUI. No; Dionisia, no... Paquita... Paquita Reina.

COR. ¿La actriz?

PAQUI. La misma. Una buena amiga, muy buena, del teniente Torreblanca, que, sin él saberlo, ha querido salvarlo en el día de su boda.

COR. (Aparte desilusionado.) ¡Bah! ¡Bah! (A ella.) ¡Lo había adivinado! Ya decía yo que no debías ser una muchachita candorosa...

PAQUI. ¿Lo ves? ¡Yo también, yo también te he engañado! Pero tú eres muy bueno y me perdonas... como perdonas a los otros.

COR. A ti, sí. Nunca a un pillastre que me toma el pelo, y que en lugar de cumplir un arresto... está tranquilamente con su mujer. ¡Recaracoles, eso no tiene perdon! (Llamando.) ¡Señor teniente!

TORRE. (Dentro.) ¿Eh, quién?

COR. Salga usted. Soy yo... ¡El coronel Castañón!

PAQUI. (Suplicante.) ¡Coronel! ¡Por Dios!... Mírame a la cara. ¿Verdad que no?

COR. (Mientras Torreblanca asoma la cabeza por la izquierda.) Si confiesa espontáneamente... veremos... (Furioso.) ¡Pero si se obstina en su engaño... seré despiadado, seré cruel, seré!...

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, TORREBLANCA, LUCIANA, PADILLA y Señora, Señora de CARVAJALES, MARCIAL, BERMUDEZ, CARRASCO y CARVAJALES.

TORRE. (Avanzando.) Mi coronel...

COR. (Muy seco.) Siento, señor mío, haberle incomodado.

TORRE. Mi coronel, debo a usted la verdad, y voy a decírsela espontáneamente...

COR. (Menos seco.) Inútil, señor mío. Ya la conozco.

LUC. (Que ha salido un momento antes por la izquierda con su madre y Señora Carvajales.) Perdónelos usted, coronel.

COR. (Enternecido a Paquita.) ¡Pobre muchacha!

PAQUI. (Al Coronel.) ¿Pobre? ¡Cualquiera se pondría en su lugar!

CAR. (Sale foro derecha, con una carta.) Una carta para mi teniente.

TORRE. (Quitándosela de la mano. La lee.) Del ayudante del general. Mi coronel... (Dándosela.) Tenga usted la bondad de enterarse.

MAR. (A Bermúdez con quien sale por foro izquierda.) ¿De modo que lo han tomado a usted por mí?

BER. Era preciso. Sin esto, el matrimonio no se hubiera verificado.

COR. (Después de leer la carta.) A instancias del ayu-

dante, el general ha levantado el arresto. Sea. Olvidemos la farsa y, y puesto que la bondad es mi flaco...

CARV. (Sale por el foro izquierda, de militar.) A la órden, mi coronel.

COR. (A Carvajales.) Queda usted dispensado del paseo. Desde este momento puede usted volver a su notaría.

PAD. (Que ha salido de detrás de Carvajales.) Coronel...

TORRE. ¡Basta! El teniente Torreblanca está ya en el uso de todos sus derechos.

COR. Lo habíamos comprendido. (A Carrasco.) A ver tú, el sordo. ¿Por dónde no oyes nada?

CAR. Por la derecha, mi Coronel.

COR. (Le habla por la derecha en voz muy baja.) Está bien. Te rebajo del servicio.

CAR. (Olvidándose y gritando.) ¡Viva mi coronel!

COR. ¡A mí, señores míos, es muy difícil engañarme! Lo que sucede es que me paso de bueno. Yo seré siempre EL PÁPA DEL REGIMIENTO.

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

Obras de D. Felipe Pérez Capo

La noche del Tenorio. - Zarzuela en un acto (3.ª edición).
Leganés, 15, 3 t.—Apropósito lírico.
La Huertana.—Zarzuela.
Don Miguel de Mañara.— Idem.
El mozo crúo.—Sainete lírico (4.ª edición).
El día de la Victoria.—Apropósito cómico.
Flor de Mayo.—Zarzuela.
El galgo de Andalucía.—Opereta.
Los cangrejos.—Sainete lírico.
El organista de Móstoles.—Zarzuela.
Frou-Frou.—Humorada lírica (2.ª edición).
Sinibaldo Campánula.—Monólogo (4.ª edición).
El tío Calandria.—Entremés.
Aires nacionales.—Zarzuela.
El alma de Cantarillo.—Idem.
La Arabia feliz.—Entremés lírico.
Idilio.—Comedia lírica.
La corte de los casados.—Opereta.
La Pinturera.—Entremés.
La Octava Maravilla.—Idem lírico.
María Jesús.—Zarzuela (2.ª edición).
La venta del burro.—Entremés lírico.
Las ruinas de Talía.—Revista lírica.
El lazarillo.—Zarzuela en un acto.
La compañera.—Idem.
Santuzza.—Idem.
El compañero Gutiérrez.—Sainete.
Dora, la viuda alegre.—Opereta (2.ª edición).
Mary, la princesa del dólar.—Idem (2.ª edición).
¡El gran hombre de Strasberg!—Zarzuela en dos actos.
El misterio de un vals.—Opereta en un acto.
El Carnaval de Venecia.—Zarzuela.
¡Pobrecitos frailes que se quedan dentro!—Comedia lírica.
El canto del gallo.—Zarzuela.
Renato, conde de Luxemburgo.—Opereta.
Los morenos.—Comedia en tres actos.
Juanita, la divorciada.—Opereta en un acto (3.ª edición).
Las veletas.—Sainete.
Sergio, el soldadito de chocolate.—Opereta (2.ª edición).
La bella Olimpia.—Idem.
El rebaño.—Comedia en tres actos.

Precio: DOS pesetas